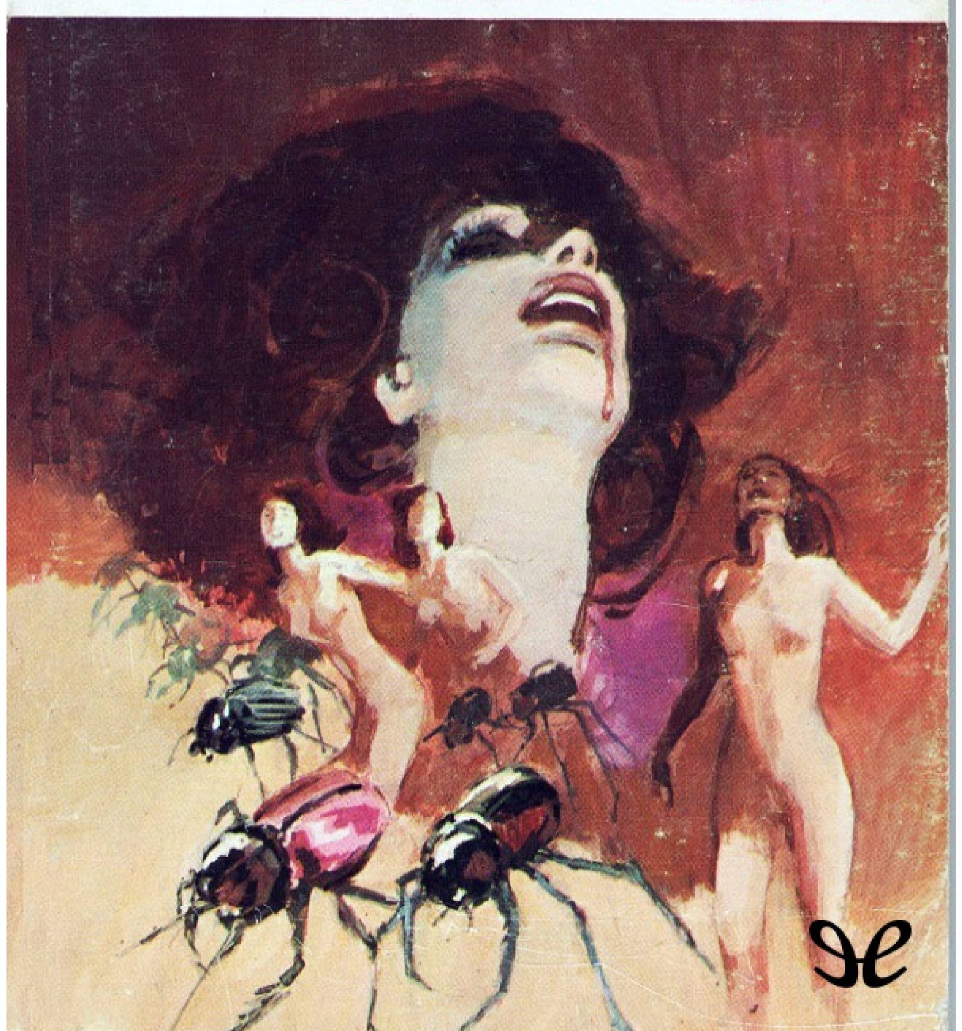
BOLSILIBROS

la conquista del ESPACIO

LA IRA DEL ESPACIO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



Al oír el agudo chillido de mujer, Johos Khim volvió la cabeza y miró en dirección al lugar de donde procedía el sonido.

A lo lejos, cubriendo casi el plano horizonte, se veía la marea negra que avanzaba hacia la aldea. Aterrado, Johos se dio cuenta de que la sorpresa había sido total. Ya no había tiempo para organizar la defensa.

Habían estado prevenidos para una incursión, pero el plan de alarma, lo comprendió ahora amargamente, era demasiado clásico, demasiado anticuado. Jilath Bilor había sabido actuar con muchísima más astucia, con una inteligencia incomparablemente superior.



Clark Carrados

La ira del espacio

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 388

ePub r1.0

xico_weno 25.11.15

Título original: *La ira del espacio*
Clark Carrados, 1978
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO

Al oír el agudo chillido de mujer, Johos Khim volvió la cabeza y miró en dirección al lugar de donde procedía el sonido.

A lo lejos, cubriendo casi el plano horizonte, se veía la marea negra que avanzaba hacia la aldea. Aterrado, Johos se dio cuenta de que la sorpresa había sido total. Ya no había tiempo para organizar la defensa.

Habían estado prevenidos para una incursión, pero el plan de alarma, lo comprendió ahora amargamente, era demasiado clásico, demasiado anticuado. Jilath Bilor había sabido actuar con muchísima más astucia, con una inteligencia incomparablemente superior.

Jilath Bilor se había burlado del gran poste central, en cuya cúspide se hallaba la antena que hubiese permitido detectar la aproximación de cualquier nave desde quince o veinte millones de kilómetros. El hombre que había venido a la aldea semanas antes y cuyo rechazo era el origen de la incursión actual, no habría dejado de informar a Sahosneth de semejante detalle.

Sahosneth, repitió amargamente Johos Khim. Ése era el nombre que había adoptado Jilath Bilor, y a fe que, por su fama, lo merecía. Sahosneth, en el idioma dinowariano, significaba «Ira del Espacio».

Los dinowarianos, capitaneados por Jilath Bilor, quien no era hombre que no fuese capaz de hacer lo que ordenaba a otros, cargaban contra la aldea montados en sus veloces wowos, los octópodos de lomo acorazado, capaces de alcanzar en determinados momentos, los cien kilómetros por hora. Las ocho patas de la bestia le permitían una suavidad de movimientos incomparable, de modo que sus jinetes se mantenían sobre la silla sin la menor dificultad, tan cómodamente como si estuviesen sentados en alguna butaca de su propia casa. Y había centenares de wowos y cada wowo podía transportar diez hombres.

Jilath Bilor y su horda habían debido de llegar por la otra cara del planeta o, al menos, fuera del alcance del poste detector. Debían de haber utilizado una nave gigantesca, tan grande como el asteroide incandescente que daba luz y calor a Hogho-2, aquel diminuto sol creado por los hoghianos cientos de años antes y que permitía y favorecía la vida en el planeta. Tal vez habían aterrizado a unos millares de kilómetros, pero Jilath Bilor era hombre que no tenía prisa cuando de ejecutar su venganza se trataba. Por otra parte, los wowos eran capaces de galopar durante jornadas enteras sin descansar. Más fatiga habrían sentido los guerreros de Jilath Bilor, pero éste, astuto, les habría dejado un par de días de reposo, antes de ordenar el desencadenamiento del ataque definitivo.

Johos supo que cualquier esfuerzo que realizase para ayudar a sus compatriotas estaba condenado al fracaso. La extensa hilera de atacantes se hallaba ya a trescientos pasos de distancia de la aldea. Y aunque los habitantes de Bera tenían armas, su número y la potencia de los elementos defensivos eran notoriamente inferiores a los de sus atacantes.

Y Johos sabía lo que iba a suceder. Jilath Bilor, Sahosneth, no perdonaba una injuria dirigida a su orgullo y amor propio. Johos conocía relatos de expediciones punitivas dirigidas y mandadas por aquel hombre despiadado y sabía de los resultados de tales expediciones. Así pues, el único recurso que le quedaba era intentar salvar su propia vida.

El corazón le sangraba al pensar que no podría ayudar a su familia. Su padre, su madre, su hermano… morirían pensando que les había abandonado cobardemente en el último momento. Quizá le maldecirían…, pero ya no podía hacer otra cosa que salvar la vida.

La marea de negros guerreros llegaba ya a los límites de la aldea. Johos se deslizó reptando hacia el cercano lago, buscando la orilla donde abundaban las cañas y plantas acuáticas. Ahora, los chillidos y gritos de terror se mezclaban con los alaridos de júbilo y los aterradores trompeteos de los wowos. Los guerreros de Jilath Bilor poseían, por supuesto, pistolas de luz sólida, cuyas descargas eran capaces de carbonizar a una persona en fracciones de segundo, pero, sanguinariamente sádicos, preferían emplear otras armas.

Johos se sumergió en el agua sin hacer el menor ruido, ni mover

apenas los carrizos de la orilla. Con la nariz a ras de la superficie, contempló la matanza a través de las cañas.

Los sables teleguiados empezaron a cortar cabezas, piernas, brazos… Según el humor de su dueño, rajaban vientres o cortaban en dos a una persona. Pero el denominador común era la sangre.

Desde su observatorio, Johos vio un wowo enjaezado en oro y negro. De pie, sobre la parte plana de su lomo, había un hombre cubierto con una armadura plateada. En su mano derecha tenía el control de su sable teledirigido. Con la izquierda, desde su privilegiado observatorio, sostenía el pequeño transmisor, mediante el cual daba órdenes a sus despiadados guerreros, cuyos cascos disponían de los receptores adecuados para escuchar sin dificultad cualquier mandato.

—¡Matad, matad…! ¡Hombres, mujeres, niños, viejos…! ¡Arrasad, segad esta mala hierba…! ¡Que no quede nadie con vida…! ¡Los orgullosos beranos deben ser humillados y exterminados, hasta que nadie aliente sobre la superficie del poblado rebelde…! ¡Matad, matad!

Y los guerreros de Dinowar cumplían gustosos las órdenes de su comandante. Los sables teledirigidos chorreaban sangre hasta la empuñadura, pero no paraban un solo instante.

AI final, media docena de hombres y mujeres se arrodillaron, pidiendo gracia. Algunos guerreros, ahítos ante el atroz espectáculo, dudaron un instante.

—¡Exterminadlos! —aulló Sahosneth.

Seis sables se movieron silbando. Seis cabezas fueron separadas de sus cuerpos y volaron por los aires. En la aldea ya no había el menor movimiento de seres vivos, que no fuese producido por sus atacantes.

De pronto, uno de los guerreros encontró algo. Era un brazo, separada de su tronco, por un limpio golpe de sable. El guerrero asió el sangriento trofeo y corrió hacia el lugar donde se encontraba su comandante.

—¡Señor, mira! —gritó.

Jilath Bilor bajó la vista. Una turbia sonrisa apareció en sus delgados y crueles labios. Desde cinco metros de altura podía ver el tatuaje que aparecía en el antebrazo: las tres estrellas en hilera, de cada una de las cuales partía un diminuto rayo, con la punta en

flecha hacia arriba.

—Sí, era él —dijo—. ¿Está muerto?

El guerrero rió ferozmente.

—Está abierto desde la garganta hasta los órganos genitales, señor —contestó.

—Era mi enemigo personal —declaró Jilath Bilor—. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Erdos Rhan, señor.

—Muy bien, Erdos Rhan, a partir de ahora, eres capitán, con derecho al mando de una compañía de setenta y nueve hombres.

—Gracias, señor.

Erdos Rhan no comprendía cómo un chico que no había cumplido aún los dieciocho años pudiera ser enemigo mortal de su jefe, pero, al mismo tiempo, era lo suficientemente listo como para no formular preguntas indiscretas. Jilath Bilor había advertido de la posibilidad de encontrar allí al hombre con el tatuaje de las tres estrellas y los tres rayos, y él había tenido la fortuna de encontrárselo… y de borrarlo del mundo de los vivos. Lo demás no le interesaba en absoluto.

El brazo amputado voló despectivamente a un lado. Jilath Bilor dio otra orden:

—¡Fuego a la aldea!

Las pistolas de luz sólida empezaron a actuar. Bera estaba compuesta por tres centenares de cabañas, aparentemente primitivas, pero construidas con un arte y una gracia inimitable, sólo con madera y cañas. Aquellas construcciones eran presa fácil para las llamas. En pocos minutos, Bera era una masa de fuego, que despedía enormes columnas de humo a gran altura.

Poco después, surgió en el espacio una colosal astronave, de forma cilíndrica, alargada, que descendió hasta tomar tierra a unos cientos de metros de la aldea arrasada. Jilath Bilor, sus guerreros y los wowos se encaminaron hacia la nave, en cuyos costados se habían abierto varias compuertas, con las rampas correspondientes, para permitir el fácil acceso de las bestias. El embarque se realizó con ordenada disciplina, fruto de un largo entrenamiento, lo que abrevió considerablemente la operación.

Quince minutos más tarde, la nave se había perdido de vista. Entonces, Johos Khim abandonó su escondite.

* * *

Su cuerpo chorreaba agua, pero lo que empañaba sus ojos era un líquido muy distinto: lágrimas. Lágrimas de piedad, pero también de furor y de ira. En el aire flotaba un horrendo hedor a carne quemada: era el de los cuerpos que se consumían en el interior de las casas. La mayoría de los muertos, sin embargo, estaban fuera, torcidos en trágicas posturas, en las amplias calzadas de la aldea. Algunos empuñaban todavía las armas que no habían tenido ocasión de utilizar.

Una racha de viento disipó en parte el humo. De pronto, Johos vio unos cuerpos humanos que le eran familiares. Cerró los ojos para no contemplar el horrible espectáculo de su madre adoptiva con el vientre totalmente abierto y de su esposo sin cabeza… Un poco más allá, estaba el cuerpo de Niklos, su hermano adoptivo, muerto por un horrible sablazo que le había abierto en canal. La herida iba desde la garganta hasta la entrepierna.

Además, le faltaba el brazo izquierdo. Johos dedujo que Niklos había intentado defenderse. Un hábil sablazo le había cortado primero el brazo —Niklos era un hábil zurdo—, cortándole así toda posibilidad de defensa. La segunda cuchillada había acabado indefectiblemente con su vida.

Johos cayó de rodillas, incapaz de soportar tanto dolor. Durante largo rato lloró, lloró amargamente. Sentíase abrumado, vencido… Si, era cierto que había salvado la vida, pero casi sentía vergüenza por ello. ¿No hubiera sido mejor morir como un valiente junto a su familia?

¿Le habrían maldecido en sus últimos instantes por no tenerle a su lado?, se preguntó, lleno de congoja.

Era imposible saber lo que había pasado por las mentes de Dhor Khim y de su esposa Neia y de su hijo Niklos. Cualquier especulación sobre el particular, además, no resolvería sus dudas.

Se miró el brazo izquierdo. Desde su escondite, había podido oír el corto diálogo entre Jilath Bilor y el nuevo capitán. Erdos Rhan. A pesar del dolor que le afligía, no pudo contener una tenue sonrisa.

De pronto, oyó un débil gemido en las inmediaciones. Johos se puso inmediatamente en pie.

Había una cabaña, milagrosamente respetada por las llamas. Aún quedaba una persona con vida.

En cuatro zancadas cruzó la calle y entró en la cabaña. En el suelo de la estancia principal había cuatro cuerpos tendidos sobre un lago de sangre, horriblemente destrozados. Los gemidos procedían de una habitación contigua.

Johos abrió la puerta. Allí no había nadie, pero el sonido de sollozos llegaba incesantemente a sus oídos. Bruscamente, supo dónde estaba el que parecía único superviviente de la matanza.

Sobre el dintel de la puerta había una especie de estante, en el que se solían colocar algunos objetos de uso poco frecuente. Dio un paso más y se volvió.

Unos ojos azules, grandes, rasgados, le miraron con temor. Los rubios cabellos de la niña aparecían sucios y revueltos. Johos la reconoció en el acto.

—No temas, Aenia —dijo—. Yo te protegeré…

—Mi papá y mi mamá y mis hermanos están muertos…

Johos elevó sus manos.

—Ven, Aenia.

La niña se dejó caer. Debía de tener diez u once años. Johos conocía bien a su familia, aunque, lógicamente, por la diferencia de edad, apenas si había tenido tratos con Aenia. Había correteado tras su hermana mayor, Syzhia, que a los dieciséis años era toda una belleza…, pero Syzhia no era ya más que un montón de carne destrozada. Compasivo, Johos apretó a la chica contra su pecho, para que no viera el horrible cuadro que había en la sala.

—No mires, Aenia —aconsejó, sin dejar de sostener a la niña.

Caminó a lo largo de las calles y plazas humeantes. Aenia parecía sentirse un poco mejor. Johos se preguntó qué harían ahora, solos en una vasta extensión de terreno, de millones de kilómetros cuadrados. De no haber encontrado a Aenia, hubiera empezado por poner en práctica sus planes. Pero ahora debía cuidar de aquella niña sola y…

Inesperadamente, vio una astronave que descendía lentamente hacia el suelo.

Ahora estaba en terreno descubierto y no tenía ninguna posibilidad de huir. Desesperado, se preguntó si no había escapado de la atroz matanza, para ir a morir a manos de alguna patrulla de reconocimiento, con órdenes de comprobar si quedaba algún superviviente. Pero un par de minutos más tarde, notó, con gran

alivio, que sus temores se disipaban por completo.

CAPITULO II

Zimón ben-Yull puso leche en las dos tazas. En la de Johos echó, además, unas gotas de licor. Johos y Aenia bebieron agradecidos.

—¿Por qué? —preguntó Zimón lacónicamente.

—Hace algunas semanas, Jilath Bilor envió a uno de sus recaudadores de tributos. El enviado dijo que Bera estaría protegida de ahora en adelante por Jilath Bilor y sus huestes. Los beranos rechazamos su proposición; jamás habíamos pagado tributo a nadie y no íbamos a quebrantar ahora una regla de siglos. El embajador nos amenazó y nos injurió. Y entonces, nosotros lo llevamos al depósito de abono orgánico, le dimos un baño y lo devolvimos a su nave. Sabíamos que Jilath Bilor procuraría desquitarse de la ofensa y estábamos prevenidos, con un poste detector…, pero actuó con más astucia que nosotros y nos sorprendió por completo. Sólo esta niña y yo hemos conseguido salvarnos del exterminio.

Aenia empezó a dar cabezadas.

—Quiero ir con mis tíos… Están en Kethus-9… —dijo con voz soñolienta.

—Te llevaremos —prometió Zimón, a la vez que se levantaba para coger a la niña en brazos. Cuando la alzaba, Aenia estaba ya completamente dormida.

—Le he puesto un sedante en la leche; conviene que olvide por unas horas las horribles imágenes que ha presenciado —agregó.

Johos asintió. La sorpresa de Zimón ben-Yull, el buhonero del espacio, al encontrarse con la aldea arrasada, había sido enorme. Zimón era un comerciante que solía viajar a Bera dos veces al año, para cambiar sus mercaderías por las pieles que le vendían los beranos, cuya finura y suavidad no tenían

comparación posible en cientos de años luz a la redonda. Zimón era hombre que conocía cientos de mundos y el que mejor podía aconsejarle sobre los proyectos que había forjado después de la matanza.

Zimón volvió a poco y se sirvió una copa del rojo vino de Stallion-4. Ofreció a Johos, pero el muchacho negó con un gesto.

—Mi viaje ha sido en balde por un lado, pero, por otro, os he salvado —dijo el buhonero—. ¿Qué planes tienes para el futuro?

—Vengarme —contestó Johos, con los ojos muy brillantes—. Por muchos años que pasen, no cejaré hasta tomar venganza del hombre que arrasó mi aldea.

Zimón meneó la cabeza.

—Jilath Bilor es hombre muy poderoso —manifestó—. Y, además, terriblemente ambicioso. Johos, hijo mío, yo recorro los mundos constantemente y oigo muchas cosas. Se dice que Jilath Bilor ambiciona ser nombrado un día emperador de la Federación. Y además de despiadado y absolutamente carente de escrúpulos, es lo suficientemente astuto para conseguirlo. ¿Cómo crees posible lograr tu venganza? Tienes diecisiete años mal contados…

—Estoy a punto de cumplir los dieciocho —declaró Johos orgullosamente.

—Bueno, bueno, unos meses significan poco —dijo Zimón con sorna—. Pero comparado con Jilath Bilor, eres menos que el águila comparada con el gorrión que trata de romper con el pico la cáscara del huevo en que todavía está encerrado.

—Sé que soy joven, pero no tengo prisa…

—Si piensas así, es que eres sensato. Pero, hablando francamente, ¿qué eres tú? Un cazador, pescador, agricultor… Quizá sepas manejar el arco y las flechas y hasta una pistola de luz sólida, pero adónde piensas ir un día, eso no basta ni de lejos. Tienes que aprender muchas cosas todavía y eso no resultará fácil ni barato en tiempo y en dinero.

—No tengo prisa —dijo Johos obstinadamente—. Un día, sin embargo, tendré el placer de ver la cabeza de Jilath Bilor por un lado y su cuerpo por otro.

—Dudo mucho que lo consigas, pero, en fin, por intentarlo, no se va a perder gran cosa. De todos modos, antes de que hagas nada, tendrás que iniciar tu aprendizaje de hombre.

—Eso es lo que me desanima un poco —confesó el muchacho—. No sé por dónde empezar… Si tú quisieras aconsejarme… Claro que no puedes indisponerte con las patrullas que controlan el comercio entre los planetas… Jilath Bilor está al mando…

La cara alargada y un poco lobuna de Zimón formó una sonrisa maliciosa.

—Yo también tengo una cuentecita que ajustar con Sahosneth —dijo—. Hace un par de años, yo era como un pájaro libre, que volaba por todas partes, sin tener que dar cuenta a nadie de sus actos. Ahora tengo que pagar una elevada cantidad de áureos por mi permiso para comerciar. Es el impuesto establecido por Jilath Bilor, con la anuencia, claro está, del Supremo Consejo de Rectores de la Federación. Sospecho que al menos el cincuenta por ciento de los impuestos van a parar a los bolsillos particulares de Jilath Bilor, pero los Rectores cierran los ojos, pensando en los beneficios que les reporta el otro cincuenta por ciento. En fin, como en cualquier lugar y época de la Galaxia, el dinero es lo que cuenta.

—¿Y no hay manera de negarse a pagar unos tributos onerosos?

—¿Es que no recuerdas ya lo que ha pasado en Bera? Hijo, aunque no un anciano precisamente, tengo ya los años suficientes para saber cuándo debo inclinarme ante el viento que sopla. Si me inclino, no me rompo, ¿comprendes?

—Nosotros no quisimos inclinarnos… —dijo Johos tristemente.

—Y ahora estáis rotos. Pero no pienses más en ello o te volverás loco.

De pronto, Zimón pareció fijarse en las destrozadas ropas de Johos, en las que, además, había algunas manchas de sangre.

—Tienes que cambiarte —dijo—. Ve al cuarto de baño y lávate. Yo te llevaré ropas limpias.

—Está bien. Zimón, ¿por dónde debo empezar…?

—Si tienes que combatir contra un guerrero, debes empezar por ser tú mismo un guerrero. Por eso irás en primer lugar a la escuela de Corlack Duss, el mejor maestro de armas de la Federación.

—Sí, iré a aprender.

—Y después… Pero todo eso llegará a su debido tiempo, porque no sólo debes aprender el manejo de las armas, sino muchas otras cosas de las que no tienes hasta ahora la menor idea. Anda, ve al baño.

La nave de Zimón
ben-Yull
, el buhonero, era grande y dotada de todas las comodidades. Johos disfrutó del baño, aunque, en determinado momento, no pudo por menos de derramar unas lágrimas por sus padres y hermanos, horriblemente muertos.

Un día, sin embargo, se vengaría del homicida.

Zimón llegó poco después, cuando el muchacho ya se secaba, con una blusa y unos pantalones en las manos. Entonces fue cuando vio el antebrazo izquierdo de Johos.

—¡Diablos! —exclamó.

Johos se percató en el acto de la causa del asombro de Zimón y sonrió.

—No sé quién me lo hizo —manifestó—. Crecí con este tatuaje en el antebrazo y, aunque pregunté a mis padres, nunca quisieron decirme nada al respecto. Mi hermano adoptivo también tenía uno igual, aunque sé que a él se lo hicieron, porque siendo muy pequeño, cogía muchas rabietas, ya que quería tener un dibujo igual a éste. Pero no sé lo que significa… ¿Acaso lo sabes tú?

Zimón hizo un gesto ambiguo.

—Aguarda —dijo solamente.

Abandonó el baño y volvió a poco, con una caja en la que había una pasta densa y mantecosa, de color oscuro. Tomó un poco con los dedos y frotó vigorosamente el tatuado antebrazo del muchacho.

Johos se sintió enormemente asombrado al ver que el tatuaje desaparecía a los pocos momentos. Notó un leve hormigueo en la superficie afectada, pero la sensación de incomodidad duró muy poco.

—No conviene que te destaques demasiado, a no ser por tu habilidad con las armas. Y de eso ya se encargará Corlack Duss — dijo Zimón.

—Pero mi instrucción costará dinero…

—Corlack Duss es buen amigo mío —declaró el buhonero lacónicamente.

* * *

Una semana más tarde, llegaron a Kethus-9. Aenia fue entregada a sus tíos, unos acomodados agricultores que vivían en las afueras

de Kethusia, la capital del planeta. Los parientes de Aenia escucharon con horror el relato de la matanza y manifestaron hallarse dispuestos a acoger y cuidar de la niña, como si fuera su propia hija.

Johos se despidió de Aenia aquel mismo día.

—Vendré a verte…, pero no sé cuándo —dijo.

Aenia le echó los brazos al cuello.

—Nunca te olvidaré —prometió con su vocecilla infantil.

Zimón hablaba con los tíos de Aenia en la puerta de la casa. Antes de despedirse, les entregó una bolsa con diez, monedas de quinientos áureos.

—Cuiden de Aenia —dijo—. Le espera un gran porvenir.

Johos salía en aquel instante y se despidió del matrimonio. Luego, junto con Zimón, caminó hacia la astronave que se hallaba estacionada en una explanada próxima.

—Y ahora, a Dinowar —exclamó Zimón, una vez sentado ante el puesto de pilotaje.

Dos semanas más tarde, Johos conoció a Corlack Duss, un hombre gigantesco, con el rostro cubierto de cicatrices y de aspecto más bien feroz. Pero Duss resultó tener un carácter abierto y sincero, a pesar de los gritos y maldiciones con que acompañaba cualquier frase. Tras las primeras presentaciones, Duss y Zimón se encerraron en el despacho del primero, dejando a Johos solo.

Johos oyó ruido al otro lado de una puerta y, curioso, la abrió. Había allí varios jóvenes entrenándose en el manejo de toda clase de armas, en especial del sable teledirigido. Pero, como observó con no poco asombro, los sables de entrenamiento eran de madera, aunque tenían la misma forma que los auténticos, si bien carecían de filo. No obstante, el mecanismo de guía, situado en la empuñadura, funcionaba de idéntica forma… de aquella horrible manera que Johos había podido presenciar, oculto entre los carrizos del lago.

Durante unos minutos, permaneció contemplando las escenas de lucha. De pronto, uno de los alumnos reparó en él.

—Eh —dijo, burlón—, mirad el labriego.

Otro cadete se echó a reír.

—Huele a establo —exclamó.

—¿«Eso» quiere ser un guerrero? —dijo un tercero, alto y

fornido—. ¿No será mejor que ha venido a aprender cómo se limpian las letrinas, después de que nosotros hemos pasado por ellas?

Estallaron varias carcajadas. Johos empezó a sentirse arrepentido de su curiosidad. Aquel muchacho alto, que hubiera sido guapo, de no ser por los ojos demasiado juntos y pequeños, capitaneaba despiadadamente las burlas que se dirigían contra el forastero. Johos supo su nombre muy pronto: Heeli Zhü.

De súbito, Heeli lanzó un grito:

—¡A ver si paras ese golpe, patán!

En la mano derecha tenía el aparato de telecontrol de su sable de entrenamiento. El arma, larga de casi un metro y de diez centímetros de anchura, voló silbando por los aires hacia la garganta de Johos. Los bordes eran lo suficientemente romos como para no causar heridas sangrientas, aunque los golpes que se recibían solían ser muy dolorosos.

Johos alzó instantáneamente el brazo y asió la empuñadura del sable con toda facilidad. Aquellos jóvenes aspirantes a guerreros desconocían qué clase de vida había llevado con anterioridad. Ninguno de ellos podía saber que pescaba a mano en el lago o que perseguía a pie a los veloces gamos de los que se obtenían en Bera carne y la piel, famosa en toda la Federación. En los dos últimos años, ningún gamo que se le hubiera puesto a distancia suficiente, había sido lo bastante rápido para escapar a la persecución del muchacho.

Los dedos de Johos se cerraron en torno a la empuñadura. Johos notó en su mano la vibración de los mecanismos del arma, pero, sin parar mientes en ello, movió el brazo relampagueantemente y devolvió el sable.

Se oyeron algunos gritos de asombro, a la vez que uno, muy fuerte, de dolor. Alcanzado en el muslo izquierdo, cerca de la cadera, Heeli cayó, al suelo, blasfemando horriblemente.

—¡Maldito palurdo…!

La puerta del gimnasio se abrió de pronto. Duss apareció, seguido del buhonero.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó el maestro de armas.

Heeli señaló a Johos con la mano.

—Ha jugado sucio… —acusó falsamente.

Johos fue a protestar, pero Duss lo derribó al suelo de un tremendo manotazo.

—Aquí no hace nadie nada sin mi permiso —bramó—. Como castigo, pero también para que vayas aprendiendo, te ordeno dos semanas de limpieza. ¡Fuera!

—Pero, señor…

—Si protestas, te expulso. Y quien es expulsado de aquí, no es admitido en otra academia —dijo Duss tajantemente—. Tú verás qué es lo que más te conviene.

Johos crispó las manos. Fue a decir algo, pero su mirada se tropezó con la del buhonero. En silencio, Zimón le decía: «Obedece y calla.». Y el muchacho asintió mansamente.

—Sí, señor. Empezaré ahora mismo…

—¡Aguarda un momento! —Gritó Heeli—. Precisamente cuando llegaste, pensaba ir a… bueno, ayer comí demasiado y todavía no he vaciado el vientre.

Sonaron más risas. Cojeando, Heeli abandonó el gimnasio. Johos volvió a mirar a Zimón. El buhonero, con la mirada, le dijo: «Sopórtalo todo y llegarás».

Y así, limpiando las letrinas, empezó la carrera de Johos Khim.

CAPITULO III

Diez años más tarde, Corlack Duss, con menos pelo en la cabeza y unos kilos de más en su corpachón, miró joven que tema frente a sí.

Ahora, Johos era todo un hombre, con músculos de acero y una fenomenal velocidad de reflejos. Ancho de hombros, de pecho poderoso y escurrido de caderas, atraía las miradas de las mujeres dinowarianas por dondequiera que pasara. Más de una, de elevado rango y gran fortuna, se le había insinuado descaradamente, pero Johos no había querido reblandecerse en la molicie de un cómodo matrimonio. El fuego de la venganza, aunque ahora convertido en una minúscula brasa, situada en lo más profundo de su mente, continuaba ardiendo en él.

Zimón había resultado ser un fenomenal profeta. Jilath Bilor, Sahosneth, se había proclamado emperador, su poderío era enorme, irresistible, y su palabra, apoyada por millones de guerreros y cientos de miles de astronaves, era ley en el Cuarto Imperio Galáctico.

—Puedes alistarte en el ejército imperial —dijo Duss—. La fama de mi escuela sigue sin marchitarse. Apenas lo solicites, te darán una credencial de subteniente. En menos de cinco años, puedes llegar a capitán y a coronel en doce. Pero yo te aconsejo que te hagas guerrero independiente. Ganarás más dinero… y serás libre. Dentro de las leyes del imperio, claro. En el ejército imperial tendrías que obedecer órdenes que irían acaso contra tu conciencia…

—Puedo llegar un día a formar parte de la Guardia Imperial —apuntó Johos.

—No te aconsejo solicites una plaza en esa unidad. Antes de admitir a un aspirante, lo someten a una completísima exploración, cerebral. Lo ocurrido hace diez años en Bera saldría a relucir. Y Jilath Bilor sabría así que hay dos supervivientes de la matanza…,

aunque no sepamos ahora dónde se encuentra el otro superviviente. Jilath Bilor se imaginaría en el acto cuáles son tus propósitos y te haría matar sin pensárselo dos veces.

—Pero, guerrero independiente… —se lamentó el joven.

—Hace diez años, dijiste que no tenías prisa en conseguir tu venganza. Después de lo que has trabajado, ¿vas a echar por la borda tus proyectos, sólo por el placer de llegar hasta Sahosneth y cortarle el cuello en su palacio?

Duss estaba enterado de los proyectos del joven. Johos sabía que Zimón le había contado su historia.

—Haz lo que te digo —insistió el maestro de armas—. Aquí has adquirido una enorme cultura y no sólo en lo físico. Ahora te falta adquirir prestigio. En el ejército imperial serás un número más entre los incontables oficiales que mandan las tropas. Sé tú solo, tú mismo… Si es que entiendes lo que quieren significar estas palabras.

—Sí, señor.

Duss tenía sobre su mesa unos papeles. Tomó uno y, después de leerlo atentamente, dijo:

—Hay un gobernador regional, que vive en el extrarradio de la Federación, y que necesita un guerrero para solucionar algunos problemas que le hacen imposible la vida. El gobernador se llama Jason Truddo y reside en la capital de un planeta llamado Tierra. Las leyendas dicen que la civilización actual se originó en ese planeta, pero yo no creo esa fábula. ¿Cómo pudo originarse nuestra civilización en un planeta en donde sus habitantes son medio salvajes? En fin, esto es secundario; lo importante para ti es que adquirirás experiencia y ganarás buenos áureos.

Johos sonrió tristemente.

—Pero ¿cómo voy a viajar hasta la Tierra para ganar áureos, si no tengo los suficientes para comprarme una astronave individual de segunda mano? —alegó.

Duss le guiñó un ojo. Abrió un cajón de su mesa y extrajo un sobre, que lanzó al regazo de su interlocutor.

—Ahí tienes tus títulos profesionales —dijo—. Han sido protocolizados debidamente y toda la documentación está en regla. También encontrarás el título de propiedad de una astronave.

—Eso cuesta dinero, Corlack —exclamó el joven encaradamente.

—Sí.

—Y no sé cuándo podré devolvértelo…

—Eso es algo que no debe quitarte el sueño.

Johos miró fijamente al maestro de armas.

—¿Por qué haces eso, Corlack? —inquirió.

—Zimón es un buen amigo y me pidió que lo hiciera —respondió Duss escuetamente.

—Corlack, tú sabes cuáles son mis propósitos. Aún no he olvidado lo que sucedió en Bera hace diez años.

—Lo sé. Pero voy a darte a elegir dos caminos. El primero consiste en salir de mi Academia y correr al palacio Imperial y atacar a Sahosneth. Te aseguro que no llegarías a franquear la línea de la primera guardia exterior, El segundo camino consiste en el que te estoy señalando. Gana fama y dinero y los relatos de tus hazañas llegarán a oídos de Jilath Bilor. Tiene dada orden de que se le comunique el nombre de cualquier guerrero independiente que destaque por sus hazañas en algún mundo de la Federación. ¿Lo comprendes?

Johos acabó por sonreír.

—Quien ha esperado diez años…

—Puede esperar perfectamente otros diez o veinte o los que hagan falta —añadió Duss significativamente—. Y ahora, con mi bendición, ve y empieza tu aprendizaje solo.

Johos estrechó fuertemente la mano del maestro de armas, a quien había llegado a apreciar sinceramente.

—Te echaré de menos, Corlack.

—Buen viaje y buena caza —dijo Duss.

Cuando ya salía por la puerta, Duss dio al joven su último consejo:

—Cuidado con las mujeres, Johos.

Johos se volvió y sonrió.

—Adiós, maestro.

Duss quedó solo en su despacho, meneando tristemente la cabeza. De repente, se había sentido muy solo.

En aquellos momentos, hubiera dado algo valioso por conseguir que el joven se quedase a su lado. Pero la educación de Johos formaba parte de un plan que se había iniciado más de veinte años antes, cuando todos los futuribles de conducta humana empezaron a

señalar las apetencias de Jilath Bilor hacia el puesto de emperador. Los futuribles, además, predecían que Jilath Bilor conseguiría sus propósitos, cosa que, efectivamente había sucedido.

Pero aquellas predicciones señalaban también el derrocamiento de Jilath Bilor, tras una larga etapa de crímenes y turbulencias y que el protagonista de los hechos instauraría una larga etapa de paz y prosperidad en la Federación.

Aquellos futuribles habían señalado también el nombre del héroe que destruiría el imperio de Sahosneth.

Y el nombre era Johos Khim.

* * *

Vestido con ropas que no pregonaban precisamente su condición de guerrero independiente, Johos se encaminó hacia el lugar donde se hallaba estacionada la astronave que le conduciría hasta la Tierra. De pronto, vio una patrulla de soldados que, formados en columna de a dos y al mando de un oficial, atravesaban con paso marcial la explanada.

El oficial vio a Johos cuando éste llegaba ya a su nave y alzó la mano derecha.

—¡Al… to!

La patrulla se detuvo. El oficial, casco liso, a excepción de una diminuta muesca en la parte superior, pistola de luz sólida y sable teledirigido al cinto, miró a Johos, a la vez que sonreía despectivamente.

—Volveremos a encontrarnos —dijo.

—Sí —contestó Johos tranquilamente.

—«Sí, señor». ¿Es que no ves mis insignias? —Con morbosa satisfacción, Heeli Zhü se señaló la hombrera izquierda de su brillante coraza, en la que se divisaba una pequeña estrella de tres puntas, sobre fondo rojo oscuro.

—Sí, señor.

Johos sabía que no sería prudente provocar un incidente con el hombre que había sido su compañero de estudios durante nueve años. Heeli se había graduado un año antes e, inmediatamente, había ingresado en el ejército imperial, en donde le había sido conferido el grado de subteniente. Ahora. Heeli debía de estar encargado de la guardia del astropuerto.

La mandíbula de Heeli señaló hacia la cercana astronave.

—Es tuya, me han informado.

—Sí, señor.

—¿Documentación?

—La he presentado ya en la comandancia de guardia.

—¡Documentación! —rugió Heeli.

Johos apretó los labios un instante. Pero se relajó en el acto.

—Sí, señor —contestó mansamente.

Su equipaje personal había sido llevado minutos antes por los servicios correspondientes del astropuerto. Ahora sólo portaba en la mano derecha una cartera, que abrió sin pronunciar palabra y de la que extrajo un libro de recias tapas negras, con una veintena de páginas, en las que constaban todos los datos personales suyos y de la astronave.

Heeli hojeó la libreta con notoria displicencia. De pronto, apoyó el índice en una de las páginas.

—Falta el visado de la Comisaría de Verificación de Instrumentos —dijo.

—Pero…

Heeli cerró el libro bruscamente.

—Lo siento —dijo—. Como encargado de la guardia en el día de hoy, no puedo permitir que zarpe una astronave, sin que su piloto o propietario haya cumplido con todos los requisitos legales. —De pronto, su tono se hizo oficial—. La falta de uno solo de los requisitos señalados por la ley entraña automáticamente la multa de mil quinientos áureos o ciento cincuenta días de cárcel.

—Por favor, déjame hablar… —solicitó Johos, tratando de evitar que la cólera que sentía aflorase a su rostro—. Te diré…

—¡Basta! Ahora mismo me acompañarás a la comandancia de la guardia, en donde podrás presentar tus alegatos de descargo. Sitúate en el centro de la patrulla. Te he dado una orden.

—Sí, señor.

Johos ya no quiso decir nada. Heeli levantó la mano de nuevo:

—¡En… mar… cha!

La patrulla y su prisionero caminaron en dirección a un edificio de forma esférica, con dos voladizos protegidos por sendas barandillas de hierro en la parte exterior, y a los que se accedía por unas escaleras que contorneaban la estructura. Minutos después,

Heeli y Johos se hallaban en presencia del coronel Frokstum, comandante de la guardia del astropuerto.

Heeli formuló su acusación, a la vez que entregaba la libreta a su superior. Al acabar de hablar, quedó rígido frente a la mesa ocupada por Frokstum.

—Muy bien —dijo el coronel—. Ahora le corresponde defenderse al acusado.

—Gracias, señor. Según la ley número
87-CK-800
, el visado de la Comisaría de Verificación de Instrumentos ya no es necesario en la documentación del piloto o propietario de una astronave, dado que, para simplificación de trámites burocráticos, las funciones de dicha Comisaría fueron atribuidas a la Inspección Superior de Espaciolíneas y Viajes Galácticos, visado que, lógicamente, se encuentra en la página que le corresponde. Según la misma ley, las libretas que contengan todavía la página en que debiera haberse puesto el visado de la Comisaría suprimida, seguirán siendo válidas, siempre que cumplan con todos los demás requisitos, hasta su agotamiento y sustitución por libretas que se adecúen a las nuevas normas.

Johos recitó su alegato de descargo de un tirón. Al terminar, se volvió hacia el confundido Heeli.

—No me dejaste explicar antes, como era tu obligación —acusó.

Heeli no sabía qué decir. Johos creyó ver la sombra de una sonrisa en el duro semblante de Frokstum.

—Señor, de acuerdo con las leyes vigentes, instituidas por nuestro Altísimo Emperador, todo oficial que impida o dificulte injustificadamente la partida de una astronave, deberá ser sancionado con multa del décimo de un sueldo mensual o una semana de arresto en su domicilio. El ochenta por ciento de esa multa debe ser atribuido a la persona objeto de la acusación demostrada falsa, mientras que el veinte por ciento ha de ser ingresado en el Tesoro Imperial —añadió.

Frokstum asintió.

—Así lo dice la ley —confirmó—. Subteniente, usted es de los hombres que se creen es bastante saber manejar las armas. Un oficial imperial ha de saber, además, los códigos, a fin de evitarse dificultades en su trato con el personal civil.

Heeli estaba rojo como una guinda. Su desprecio por todo lo que no fuese tuerza bruta o el manejo de las armas, le había llevado a una situación realmente comprometida.

—El incidente será anotado en su hoja de servicios —decretó el coronel Frokstum—. Continúe su guardia, subteniente.

Heeli se llevó una mano a la sien primero y luego a lado izquierdo del pecho.

—Sí, señor.

Giró sobre sus talones y se marchó. Entonces, Frokstum se levantó y estrechó la mano del joven.

—Te deseo mucha suerte y un éxito completo —dijo.

Johos creyó ver en la mirada del coronel una oculta simpatía, pero no se atrevió a decir nada. ¿Acaso también Frokstum…?

—Buen viaje —añadió el coronel.

—Gracias, señor.

—Ah, el importe de la multa será acreditado en tu cuenta.

—No lo necesito, señor… —Johos sonrió débilmente.

—Es la ley, no lo olvides.

—Siendo así, no tengo más que alegar. Gracias otra vez, coronel.

—Suerte —repitió Frokstum.

* * *

Había un mundo situado en la ruta que debía seguir en su viaje hacia la Tierra. Johos decidió hacer una pequeña etapa, a pesar de que no lo necesitaba realmente, pero quería ver a una persona de la que se había separado diez años antes.

Una semana más tarde, llegó a Kethus-9. Tras un suave descanso, se encaminó a pie a la aldea en cuyas inmediaciones había aterrorizado. No tardó en encontrarse con una hermosa muchacha, que guiaba un carro cargado de trigo recién segado.

La joven iba sentada en una de las varas. Los bueyes marchaban solos, mientras ella rasgueaba las cuerdas de la guitarra típica kethusiana. Johos se emparejó a su lado.

—Voy a visitar a Newoer y a su esposa Dzinia —manifestó—. ¿Puedes indicarme cuál es su casa?

Ella le miró con sorpresa.

—Se ve que eres forastero —respondió—. Newoer y Dzinia se marcharon de Kethus-9 hace ya algunos años.

Johos sintió un fuerte golpe en el pecho al conocer la noticia.

—Ya no viven aquí —murmuró.

—Lo siento, extranjero. Si puedo hacer algo por ti…

—Quería ver a Aenia, la sobrina de Newoer. Supongo que se habrá marchado con sus tíos…

—Así fue, en efecto, pero no tenemos la menor noticia de ellos. No dijeron adónde se marchaban.

—Pero ¿por qué abandonaron su casa? —quiso saber Johos sumamente intrigado por la actitud de los parientes de Aenia.

—No dieron explicaciones. Vendieron sus tierras y, aprovechando el viaje de un buhonero llamado Zimón ben-Yull, se embarcaron en su nave. Pero ahora ya hace años que Zimón no viene por Kethus-9 y…

Johos sonrió. La mención del nombre de Zimón introducía un factor de esperanza en su ánimo. Algún día se encontraría con el buhonero y le preguntaría por Aenia.

Pero ahora tenía que labrarse una reputación. En la Tierra le esperaban.

—Te estoy muy agradecido —dijo—. Que el benéfico influjo de los Doscientos Mil Soles descienda sobre ti y los tuyos.

—Y sobre ti —respondió la muchacha.

Johos dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a su astronave. Sentíase fuerte y pletórico de vida. Pero no por ello olvidaba un sólo momento el principal objetivo de su existencia: vengar la matanza de Bera.

* * *

Jason Truddo, presidente de los pueblos de la Tierra, recibió al guerrero independiente en su palacio. El título de Truddo era harto pretencioso, pensó Johos; a juzgar por lo que había podido ver, los pueblos de la Tierra no eran más que un conglomerado de tribus semibárbaras, que no conocían siquiera la energía estelar. Y aunque disponían de vehículos mecánicos y hasta de aeronaves, en general preferían utilizar animales como medios de transporte, en especial caballos y camellos para viajes rápidos o elefantes para arrastrar pesadas cargas. Ciertamente, vivían en una zona muy fértil, con un clima excelente la mayor parte del año, pero Johos, acostumbrado a

la sofisticación del mundo de donde procedía, encontró aquella existencia sumamente primitiva.

Lo que en la Tierra se llamaba palacio no era sino una construcción de forma rústica, en muchas de cuyas ventanas faltaban cristales. Los materiales de que estaba hecho el edificio eran ladrillos bastos y piedra sillar en los basamentos. El que en Dinowar se habría denominado salón del trono era una vasta estancia, en la que había un pequeño estrado, cubierto de pieles, eso sí, muy fina y de alto valor monetario. Truddo estaba sentado en una especie de butacón de madera, forrado con pieles, y su indumentaria consistía en una túnica corta, con grecas en los bordes, y grandes botas de piel mal curtida. El pelo era largo, con greñas, y ceñido por un aro de metal dorado, en cuyo frontis se veía una especie de serpiente erguida. Ocho o nueve mil años antes, ciertos reyes de la Tierra, llamados Faraones, habían usado aquel mismo símbolo de su rango, al que habían denominado «ureus». Quizá Truddo había querido resucitar la costumbre.

Las tres mujeres de Truddo, así como su ministro de Finanzas, asistían a la entrevista, que tenía lugar una semana después de la llegada de Johos al planeta. Durante aquel tiempo, Johos se había hospedado en una casa que le habían destinado especialmente y atendido por una hermosa joven, la que, además de prepararle las comidas y arreglar las habitaciones, tenía también otra misión. Pero Johos no había querido aceptar las atenciones amorosas de su criada, no por orgullo de raza, sino porque tenía bien presentes las recomendaciones de Corlack Duss al respecto.

Después de los primeros saludos, un tanto floridos, Truddo entró en materia.

—He leído tu historial académico y me parece bueno —dijo—. Pero no tienes experiencia práctica.

—Ponme a prueba y te demostraré si mi instrucción ha sido la adecuada o he comprado un falso diploma para estafarte unos miles de áureos —contestó Johos con todo desparpajo.

Las mujeres rieron estrepitosamente. Duhesne, el ministro de Finanzas, sonrió cortésmente. Truddo pareció sentirse impresionado ante aquella respuesta.

—Al menos, eres franco —dijo—. ¿Cuál es tu precio, guerrero?

—Todavía no sé cuál es mi enemigo, señor.

—Se llama Wahanabi y vive en las montañas, a seis jornadas a caballo. Tiene ochocientos guerreros, perfectamente entrenados y, aparte de aspirar a mi cargo, me ha robado la doncella a la que yo quería hacer mi cuarta mujer. Johos, fui elegido legalmente y tengo derecho a defenderme de Wahanabi a cualquier precio. Tráemelo encadenado, y tráeme también a la doncella, y recibirás veinticinco mil áureos de recompensa.

Truddo se volvió hacia Duhesne.

—Supongo que nuestro tesoro puede soportar este gasto —añadió.

—Sí, señor, sin esfuerzo —respondió el ministro.

—Está bien. Johos, hoy te llevarán a tu alojamiento una carpeta con mapas y datos sobre Wahanabi, su zona y sus guerreros. El resto será ya cosa tuya.

Johos se inclinó.

—Traeré encadenado a Wahanabi y te devolveré a la doncella —prometió.

—No nos tomes por bárbaros —dijo Truddo sorprendentemente—. Hubo un tiempo en que la Tierra era un foco de civilización, que irradiaba su resplandor a miles de años luz. Pero, desgraciadamente, gobernantes tan orgullosos como ineptos, provocaron una guerra que arrasó el planeta y nos redujo a los supervivientes al estado de la barbarie más absoluta. Desde entonces, y aunque ya han transcurrido más de cuatro mil años, no nos ha sido posible alcanzar aquel grado de civilización… y, por otra parte, muchos pensamos que tampoco conviene llegar a una situación semejante. Wahanabi, sin embargo, quiere acabar con lo que llama espíritu retrógrado y devolver a la Tierra su pasado esplendor. La mayoría opinamos lo contrario…, pero los ochocientos guerreros pesan mucho. Son valientes, disciplinados y dispuestos a luchar hasta la muerte. Terriblemente fieles a su «*leader*», serían capaces de matarse los ochocientos hombres a la vez, si Wahanabi así se lo ordenase. Claro que esto es una metáfora, pero sí podrás darte cuenta de la calidad de los hombres contra los que vas a tener que luchar.

Johos se inclinó.

—La victoria resulta más satisfactoria, cuanto más fuerte y poderoso es el adversario —respondió—. Perdóname la pregunta,

señor, pero ¿cómo se llama la doncella que te robó el traidor?

—Azulia. Es la mujer más bella que he visto en mi vida… con el debido respeto hacia las que me escuchan.

Las tres esposas de Truddo le abuchearon con distintos improperios, pero estaba claro que se trataba de bromas sin segunda intención. En la Tierra, pensó Johos, había unas costumbres muy diferentes de las que él conocía.

—Traeré también a Azulia, señor —afirmó.

Aquella misma tarde, Johos, con los mapas y el *dossier* sobre el territorio de Wahanabi, empezó a trazarse un plan de acción. Las armas que empleaban los guerreros de Wahanabi eran manuales: sables, alfanjes, puñales, hachas y también arcos y flechas. Pero los informes que Truddo había conseguido hablaban algo acerca de armas nuevas: lo eran, al cabo de cuatro mil años de desuso, si bien parecía que los armeros de Wahanabi habían fabricado un corto número de ellas.

Eran fusiles que disparaban pequeñas bolas de metal, mediante la súbita combustión de una mezcla química. Tal vez era éste el progreso a que se negaban Truddo y los suyos.

Tras estudiar a conciencia los mapas y demás datos, se hizo unas cuantas reflexiones. No le asustaba el número, el valor ni la ferocidad de los soldados de Wahanabi; un guerrero independiente como él, había sido educado para afrontar y vencer en circunstancias todavía más adversas. Lo que le preocupaba, sin embargo, era saber si iba a luchar contra el que quizá tenía la razón en desear progreso para su mundo.

Pero el progreso no debía ser conseguido mediante las armas. Por otra parte, si un grupo o facción de personas estaban contentos con su género de vida, ¿por qué obligarles a adoptar otra existencia, por superior y beneficiosa que fuera, mediante el uso de la coacción y aún de la fuerza?

Finalmente, había un argumento irrebatible. Aunque autónomo, el gobierno de Truddo era el único reconocido oficialmente por el Imperio. Johos no podía luchar a favor de un rebelde. Comprometería su futuro.

Y su futuro consistía en tener un día a Jilath Bilor al alcance de su mano.

De pronto, oyó un ruidito en la estancia.

Johos se volvió. Su alojamiento estaba alumbrado por un par de lámparas de aceite, contenido en unos cuencos de barro cocido A la oscilante luz de las llamas pudo ver la silueta de una mujer, envuelta en una capa de pieles que cubría su cuerpo hasta los pies.

Era Rona Oo, la tercera esposa de Truddo.

* * *

Johos se levantó cortésmente.

—¿Puedo servirte en algo? —preguntó.

Rona sonrió. Tenía unos treinta años y su cabellera era abundante, de color oscuro.

—Mi esposo me envía como obsequio para ti durante esta noche —dijo.

Y, de súbito, movió un poco las manos y la capa cayó al suelo.

Estupefacto, Johos observó que Rona estaba completamente desnuda. Era muy hermosa, aunque un tanto exuberante de formas para sus gustos. Pero no cabía negar que desprendía un poderoso atractivo sensual.

—Soy tuya —añadió Rona.

Johos extendió una mano.

—Perdona… No quisiera ofenderte… No lo tomes como desprecio, pero mañana he de emprender una operación muy importante…

—¿Temes perder fuerzas si me amas? —se burló ella—. ¿O no te gusto?

—Oh sí, me gustas enormemente, pero…

Rona avanzó lentamente, pero con insinuantes contoneos, que hacían oscilar también sus grandes y redondos pechos, hasta quedar a dos pasos del extranjero.

—Mi esposo te aprecia infinito o no me habría enviado para complacerte —dijo—. Y si mañana te encentras fatigado, puedes retrasar un día o dos tu partida…

—Por favor, Rona… Espera a mi vuelta.

—¿Lo quieres así?

—Te lo ruego.

—Johos, piensa que soy un obsequio de mi esposo. A Jason no le gusta que rechacen sus obsequios. Se siente herido en su amor propio…

—No te rechazo; simplemente, pospongo la aceptación para mi regreso. Considero muy importante emprender la operación mañana mismo.

Rona suspiró largamente. Luego echó un vistazo a la mesa.

—Estabas trazando tu plan —dijo, a la vez que se sentaba desenvueltamente en el sillón que Johos había ocupado hasta aquel instante.

—Así es —confirmó él.

Un rosado dedo índice se apoyó en determinado punto del mapa.

—Para llegar al territorio de Wahanabi te aconsejo utilizar el Desfiladero de los Vientos Rugientes —dijo.

—He estudiado esa ruta y he llegado a la conclusión de que me retrasaría casi una semana, aparte de que es mucho más peligrosa, dada la carencia absoluta de agua —objetó Johos.

—Pero, en cambio, Wahanabi no esperará que llegues por allí. Sé que nunca aposta centinelas en el Desfiladero. Bien provisto de agua y víveres, podrías sorprenderle al atacar no exactamente por retaguardia, aunque sí por el flanco oriental, completamente desguarnecido.

Johos se quedó perplejo al escuchar el que parecía un sensato plan de aproximación al objetivo. Entre la documentación que Truddo le había facilitado, figuraban, además de los mapas, informes sobre la fauna y la flora del territorio, así como datos geohidrológicos y un resumen de los datos meteorológicos observados durante una decena de años. Ciertamente, había apreciado la ruta del Desfiladero de los Vientos Rugientes, pero la había desechado por su excesiva longitud y la pérdida de tiempo que ello implicaba. No obstante, si lo que Rona decía era cierto, merecía la pena…

—¿Tienes miedo? —preguntó ella un tanto irónicamente.

—Oh, no, no es eso. Estaba considerando las posibilidades…

Rona se irguió y adelantó el espléndido pecho.

—Un día más, ¿qué importa? —insistió, sensualmente retadora. Y alargó sus brazos hacia el joven. Johos pensó que no iba a poder vencer la tentación.

Por un instante, sus ojos quedaron a la altura del hombro derecho de Rona. De modo casi maquinal, se fijó en la capa de

pieles caída en el suelo. Los redondos senos femeninos oprimían ya su amplio pecho. Entonces vio el extraño botón que brillaba entre las pieles.

Algo hurgó en su mente con vivas sospechas. Buceó en su memoria.

En los largos años de entrenamiento en la escuela de Corlack Duss, había aprendido muchas cosas, aparte del arte de usar las armas, cualquier clase de armas, todas las armas… Pero había aprendido muchas otras cosas.

Y lo que ahora tenía en sus retinas era un minúsculo transmisor de radio.

CAPITULO IV

El brazo de Johos se movió y Rona trastabilló a un lado.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? —gritó la mujer.

Johos dio un par de pasos, se inclinó y arrancó el transmisor del torro de las pieles.

—Ahora comprendo tus consejos —dijo—. ¿A quién envías tus informes?

En la cara de Rona había ahora una lividez absoluta, al saberse descubierta. De pronto, se convirtió en una mujer aterrorizada.

—Me obligaron… No se lo digas a mi esposo, por lo que más quieras… Haría que me degollasen… después de haberme arrancado la piel a tiras…

—Callaré, con una condición —dijo él.

—Sí, sí, acepto…

—Estos transmisores no tienen demasiado alcance, sólo unas pocas centenas de metros… ¿Dónde está el que escucha nuestra conversación?

—Está en…

De pronto, se oyó un ruido extraño. Johos giró en redondo, a la vez que saltaba a un lado.

Algo cruzó la estancia, despidiendo vivas chispas de luz, hasta alcanzar el pecho de Rona. El pesado cuchillo, con empuñadura de hierro forrada de piel, partió el corazón de la mujer, que se desplomó al suelo casi instantáneamente, tras lanzar un desgarrador grito de dolor.

El hombre que había arrojado el cuchillo estaba todavía al otro lado de la ventana. Johos se dispuso a atacarle, pero, en el mismo momento, varios individuos surgieron de las sombras y apresaron al espía.

Hubo un duro forcejeo. Finalmente, el espía dejó de moverse.

Varias lámparas brillaron en el trozo de jardín al que daba la

habitación de Johos. Truddo se hizo visible de inmediato, seguido de su ministro de Finanzas.

—¿Estás bien, Johos? —preguntó el jefe de Gobierno.

—Sí, señor. Pero tu esposa…

—No lo lamentes. Hace tiempo ya que sospechaba era una traidora y no precisamente en el aspecto sentimental. Por eso, cuando esta noche me pidió resucitase la antigua costumbre que ella te expresó, accedí de inmediato. —Jason Truddo sonrió ladinamente—. Yo también tenía un receptor de radio y lo escuché todo.

Desde la ventana, Johos contempló al espía, sujeto por cuatro hombres de la guardia de Truddo.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó.

—Ha matado a una de mis esposas —respondió Truddo sencillamente—. ¡Colgadle…! —ordenó con voz de trueno.

La sentencia se ejecutó en el acto. Truddo no pudo por menos de admirar el estoicismo del reo, de cuyos labios no brotó la menor queja. Si todos los guerreros de Wahanabi eran como aquél, su labor no iba a ser precisamente fácil.

—Jason —dijo Johos momentos más tarde—, ¿no cabe la posibilidad de que el espía haya retransmitido ñus informes a otro punto de escucha?

—No —contestó Truddo tajantemente—. También lo teníamos vigilado. Vino hace tiempo, diciendo ser un desertor que quería vivir pacíficamente. En un principio, llegamos a creerle, pero luego ciertas acciones suyas nos hicieron recelar. En fin, lo hemos sorprendido y…

—Pero no entiendo cómo logró convencer a Rona de que le apoyase.

Truddo rió maliciosamente.

—Era una tonta. El espía le había prometido, en nombre de Wahanabi, el puesto de gobernadora, una vez que yo hubiese sido derrocado y muerto. Su ambición la cegó, Johos. No lamento su muerte.

La mano de Truddo se apoyó en el antebrazo de Jubos.

—Realmente, eres un hombre muy valeroso. No todos hubieran resistido como tú ante la tentación que era Rona —añadió.

Johos sonrió débilmente.

—La noche acababa de empezar —contestó significativamente —. Pero ahora, ¿cómo se enterará Wahanabi de la muerte de su informador?

—Oh, le enviaré un mensaje por medio del transmisor de larga distancia. Así sabrá que debe dar por descartado su plan de aguardarte a la salida del Desfiladero de los Vientos Rugientes.

—Lo cual significa que debo utilizar esa ruta.

—Los planes operativos son tuyos —respondió Truddo tranquilamente.

* * *

Un guerrero independiente era una especie de superhombre, pensó Johos, mientras viajaba hacia el desierto que se extendía desolado y calcinado por el sol, hasta perderse de vista. Johos recordó rápidamente algunos de los entrenamientos realizados en la escuela de Duss. Muchos aspiraban al diploma de guerrero independiente, pero, en realidad, sólo unos pocos elegidos lo conseguían. Johos recordaba ahora la prueba de la supervivencia en un territorio hostil.

Era, tal vez, la más dura de todas. Los aspirantes eran lanzados desde una aeronave a un lugar absolutamente despoblado de seres humanos y, en cambio, poblado de toda suerte de animales, muchos de ellos terriblemente peligrosos.

Saltaban desde una altura de diez metros y lo hacían completamente desnudos y sin armas de ninguna clase, ni siquiera un alfiler. Antes del salto se les controlaba el peso, para verificarlo a su regreso. El único objeto que portaban era una «rana» emisora, que emitía durante sólo cinco minutos. La «rana» era la señal de llamada que debía emitirse tras la caída, si el aspirante se fracturaba algún miembro y consideraba no estaba en condiciones de seguir la prueba. En caso contrario, debía dejarla en un lugar visible y marchar en la dirección deseada.

La prueba tenía una duración de seis meses. Muchos no volvían ni se sabía jamás de ellos. Otros se herían en la caída y renunciaban en el mismo momento. La nave los recogía y eran atendidos y curados, para ser devueltos más tarde a sus casas.

Johos había salido adelante. Al finalizar la prueba, aparte de no haber perdido más que un dos por ciento del peso autorizado —un

cinco por ciento significaba la eliminación—, se había fabricado un vestido de pieles, un arco, flechas, un venablo y un machete de obsidiana. Asimismo había construido una choza de piedras, con techo de lo mismo, sostenido por gruesas vigas de madera, una canoa y había domesticado un par de cachorros de wowo, el octópodo de transporte. Media docena de veces había debido luchar con fieras terribles para salvar su vida, y en todas las ocasiones había salido victorioso.

Por dicha razón, ahora consideraba el desierto como una ligera incomodidad, simplemente. Montaba un enorme caballo percherón, no era rápido, pero tenía una resistencia enorme al peso y a la fatiga, y llevaba dos camellos de carga con su equipo y agua en abundancia. En siete jornadas, no encontraría ni una sola fuente en su camino.

Con objeto de eliminar en lo posible la fatiga, viajó durante las horas nocturnas. La etapa se prolongaba hasta un par de horas después de haber salido el sol. Entonces, buscaba un lugar en sombra y, tras atender a las bestias, se tendía a dormir hasta el atardecer. Así, al final de la séptima jornada, avistó la entrada al Desfiladero de los Vientos Rugientes.

* * *

El desfiladero, un angosto cañón de altísimas paredes, estaba situado en una zona de grandes turbulencias atmosféricas, debido al contraste entre la zona desértica y la que había al otro lado, más alta y compuesta por tierras muy fértiles y abundantes en agua y vegetación. La diferencia de temperaturas provocaba vientos que corrían bramadores a lo largo del desfiladero, en especial por la parte alta de los muros, donde podían alcanzar velocidades superiores a los ciento veinte kilómetros por hora.

Desde lejos, Johos percibió ya el bramido del viento, que oscilaba en su intensidad sonora, según la velocidad de las rachas. Pese a las seguridades dadas por Truddo, Johos no confiaba demasiado en la falta de vigilancia en el desfiladero.

Por el fondo, el viaje era mucho más cómodo, ya que el viento era sólo una ligera molestia que se soportaba durante menos de cinco kilómetros. Era en la parte alta de los muros donde estaba realmente el peligro.

Pero el peligro existía tanto para el atacante como para los atacados. Johos sabía que los centinelas que Wahanabi había apostado tiempos atrás en el desfiladero, incluso atados a recias maromas, para que no se los llevase el viento, habían sido retirados. El estruendo de las ráfagas de aire, soportado sin interrupción durante horas y horas, había enloquecido a unos cuantos guerreros. Wahanabi no había querido soportar más bajas y los centinelas terminaron por situarse en la parte más baja.

Por dicha razón, él usaría el peor camino: la parte alta del desfiladero.

Al atardecer, hizo alto. Atendió cuidadosamente a los animales y los ató con unos nudos que sabía durarían el tiempo necesario para que pudieran soltarse por sí mismos, a una hora en que ya no pudieran comprometerle con su presencia en el territorio de Wahanabi. Los animales, lógicamente, abandonarían el campamento en busca de la querencia de agua y pastos. Y en el territorio de Wahanabi había abundancia de todo.

Terminada la tarea, se ocupó de su propio equipo. Las armas habían sido cuidadosamente elegidas: arco y flechas en abundancia, un cuchillo de caza y el sable radioguiado, en el que había introducido una modificación. Era de madera, como el utilizado en los entrenamientos. También llevaba una pequeña bolsita con elementos para curas de urgencia, en la que incluyó un frasquito con un poco de licor. Llegaría un momento en que necesitaría de un trago confortador.

La luna estaba en menguante y aún no había salido. Johos decidió no perder más tiempo y emprendió la marcha. Antes del amanecer quería encontrarse al otro lado del desfiladero.

* * *

A setecientos metros sobre el fondo del cañón, tuvo que tumbarse en el suelo.

Era ya imposible caminar erguido. Los informes que tenía no eran exactos; estaba seguro de que el viento soplaba en aquellos momentos a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Agarrado con ambas manos a los escasos salientes de la angosta cornisa en que se hallaba, avanzó palmo a palmo, mientras se sentía aturdido por el incesante estrépito del huracán. En aquellos momentos,

comprendió perfectamente las protestas de los guerreros que eran enviados a vigilar aquella ruta.

Además, el continuo soplo de viento hacía bajar la temperatura de su cuerpo y se sentía aterido. Una vez, casi incapaz de soportar aquel ambiente, tuvo necesidad de detenerse unos minutos, resguardado por un saliente rocoso, redondeado en sus bordes por la continua erosión eólica, y tomó un par de sorbos de *brandy*. Al cabo de un rato, más animado, volvió a reptar.

Ahora se encontraba ya a unos novecientos cincuenta metros sobre el fondo del cañón. Estaba a punto de alcanzar el punto culminante del sendero. A partir de este lugar, se iniciaría el descenso, mucho más cómodo, debido, precisamente, a la rapidez que confería su pendiente más acentuada. Y un kilómetro más adelante, pondría el pie en el valle.

De repente, al doblar un muro saliente, se encontró con dos guerreros que vigilaban aquel lugar.

Wahanabi, pese a todo, no descuidaba las precauciones, pensó en décimas de segundo, mientras veía a los centinelas alzar unos largos tubos de hierro.

En la noche brillaron dos relámpagos y estallaron sendas detonaciones, que fueron arrastradas por el huracán. Johos no oyó siquiera el silbido de las balas, que rozaron muy de cerca su cuerpo.

Inmediatamente, pasó al contraataque, concentrando en el impulso toda la fenomenal potencia de sus músculos bien entrenados. Para mantenerse en su puesto, los centinelas debían estar amarrados por la cintura a sendos postes, hundidos profundamente en el suelo. Pero ésta era, precisamente su desventaja.

Y las armas de fuego también jugaban adversamente para los centinelas. Eran armas muy primitivas, de un solo tiro. Fallado éste, no podían perder tiempo en recargarlas, por lo que echaron mano de sus sables.

Sin embargo, Johos había ganado un espacio, terreno lleno de ventajas para él. Con el cuchillo de caza, cortó de un solo tajo la cuerda que sujetaba al centinela más próximo, a la vez que alzaba la mano izquierda para detener el sablazo. Al mismo tiempo, se dejaba caer al suelo.

Una fenomenal racha de viento se llevó al centinela, haciéndolo

saltar al vacío. En los primeros momentos, voló casi horizontal; luego, a medida que descendía, el viento perdía fuerza y su trayectoria se convirtió primero en una parábola y luego en una caída vertical, que concluyó a casi mil metros de distancia, contra las agudas rocas del fondo.

Johos rodó por el suelo, y se situó detrás del otro poste. El segundo centinela giró para atacarle, pero el viento lo hizo retroceder. Habría saltado al vacío, de no haber sido retenido por la cuerda de amarre, sobre la que se apoyaba ahora el agudo filo del cuchillo de Johos.

—¡Quieto! —ordenó el joven—. Tira el arma o cortaré el cabo.

El sable rebotó metálicamente contra el suelo rocoso. Agarrado con la mano izquierda al poste, Johos miró fijamente al centinela.

—Parece que Wahanabi quebrantó la norma de no enviar gente a este lugar —dijo.

—Así es, pero nosotros fuimos enviados como castigo —respondió el hombre.

—Oh, un castigo…

—Fallas contra la disciplina.

—Ya. Wahanabi parece muy exigente, ¿no?

—Lo es.

Johos meditó unos instantes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Nebb Garey. Tú eres el guerrero contratado por Truddo…

—Sí. Debo derrotar a tu jefe.

Garey hizo una mueca.

—Lo dudo mucho, pero, en fin, ése es asunto tuyo y no mío —respondió desdeñosamente.

—Parece que no lo sentirías demasiado, ¿verdad?

—Pues… —Garey explotó de repente—. ¡No, diablos; estamos ya más que hartos de una disciplina de hierro, que nos obliga a comportarnos como autómatas! Mi compañero y yo fuimos enviados aquí por haber tomado un par de tragos de más y buscar a unas chicas para retozar un rato. ¿Crees que eso es vivir?

Johos soltó una risita.

—Ése es problema tuyo y no mío —retrucó—. Nebb, dime, ¿cómo pensabas avisar a Wahanabi de mi llegada? No creo que los estampidos hayan sido percibidos…

—Tengo un transmisor de radio, pero no lo he utilizado.

Johos creyó apreciar en los ojos de Garey un destello de resentimiento contra su jefe. Podía aprovechar aquellas emociones adversas, utilizándolas en su favor.

—Nebb, tira el transmisor. Cuando vuelva, pediré a Truddo que te conceda la ciudadanía de su territorio…, un lugar donde no es preciso ir armado constantemente y donde se puede vivir pacíficamente y con absoluta libertad.

—Está bien.

Un pequeño aparato fue lanzado al vacío. Luego, Johos dijo:

—No me traiciones, Nebb, o te buscaré dondequiera que estés y te haré padecer mil muertes.

—Ve tranquilo. Te deseo suerte.

—Gracias.

Johos abandonó la protección del poste y siguió reptando durante un par de cientos de metros más. Entonces, y aunque con dificultades, pudo levantarse y caminar a pie.

* * *

Amanecía ya. Oculto entre unos altos arbustos, Johos contemplaba el movimiento del poblado, que era la pequeña capital del territorio de Wahanabi.

Las casas eran de piedra y ladrillo cocido, muy bien construidas y de un aspecto superior en todo a los edificios de la zona de Truddo. La gente parecía incluso mejor vestida y con una apariencia de civilización muy notable. Pero ello se debía a la férrea dictadura de Wahanabi. Sus ochocientos guerreros imponían una ley de bronce a varios millares de personas que, sin abandonar ventajas materiales, querían seguramente vivir con mayor libertad.

En una amplia explanada maniobraban un par de compañías de guerreros. En otro lugar, al pie de una casa de tres pisos, se veía un pelotón de guardia.

Allí residía Wahanabi… y allí, sin duda, estaba también Azulia, la prisionera que Truddo quería como cuarta esposa. «Bueno, ahora tercera», se dijo Johos con una sonrisa.

De repente, vio llegar a dos jinetes, a todo galope de sus monturas. Oyó gritos de alarma y se imaginó lo que había sucedido. El cuerpo del centinela lanzado desde lo alto del desfiladero había

sido ya hallado.

Johos preparó el arco y las flechas. El arco medía escasamente setenta centímetros de largo, pero tenía la potencia suficiente para enviar una flecha a un blanco situado a trescientos pasos de distancia. Sólo los guerreros entrenados por Corlack Duss eran capaces de utilizar con eficacia un arma semejante.

Las flechas eran muy delgadas, de casi un metro de largo y perfectamente equilibradas. En la aljaba que llevaba a la espalda, como una mochila de gran tamaño, Johos disponía de un par de cientos de los mortíferos proyectiles. Pese a su aparatoso aspecto, la aljaba apenas pesaba una docena de kilos.

Los soldados que maniobraban parecieron confundirse durante unos momentos. Luego, órdenes tajantes les hicieron reaccionar, y formaron para el ataque. Entonces fue cuando Johos decidió lanzar el suyo.

De un salto se puso en pie. Gritó.

Doscientos rostros se volvieron hacia él, desde unos ciento cincuenta pasos. Johos utilizó el arco.

El entrenamiento adquirido le permitió alcanzar una increíble velocidad de tiro. Sus brazos se convirtieron en sendas manchas borrosas, de las que partían largos y silbantes proyectiles. Al mismo tiempo, Johos apuntaba bajo o a los costados.

Las heridas curarían en un par de semanas. Pero los soldados empezaron a caer, antes de haber tenido tiempo siquiera de emplear sus viejos fusiles. Johos, mientras disparaba, no dejaba de moverse con tremenda rapidez, en zigzag, de un lado para otro, eludiendo sin dificultad los primeros disparos de fusil.

En menos de un par de minutos, cien hombres quedaron revolcándose por el suelo, aullando de dolor. Se les pasaría pronto, pensó Johos, a la vez que lamentaba que Duss no estuviese presente para ver el combate realizado por su alumno favorito.

Prudente, guardó cien flechas. Sin dejar de avanzar, utilizó el sable teleguiado.

El pedazo de madera en forma de sable empezó a moverse con increíble velocidad. Constantemente se oían gritos de dolor por todas partes. Chasquearon algunos huesos de brazos y piernas. Más soldados cayeron revolcándose sobre la hierba.

Al fin, los guerreros ilesos, aterrados, abandonaron sus armas y

huyeron despavoridos en todas direcciones, saludados por las burlonas risas de los civiles que habían contemplado la escena. Pero el combate no había acabado todavía.

La guardia personal de Wahanabi entró en acción.

* * *

Eran cien hombres más duros que ninguno, ciegamente disciplinados y con un valor sin límites. Cincuenta, formados rígidamente, avanzaron a paso de carga hacia el atacante.

De pronto, se oyó una orden. Cincuenta soldados se arrodillaron en el suelo y apuntaron con sus fusiles al intruso.

Un oficial dio la orden de luego. Estalló una terrible descarga. Pero los cincuenta proyectiles pesaron por debajo de los pies de Johos, quien, de un salto prodigioso, acababa de situarse sobre el tejado de una casa cercana.

El sable teledirigido actuó de nuevo y ahora con una rapidez que le hacía imposible de ser seguido con la vista. Todos los espectadores de la singular escena oyeron un extraño repiqueteo. A medida que el sable golpeaba cabezas, los cincuenta primeros soldados caían uno tras otro, como las erguidas fichas de un juego de dominó.

La segunda mitad de la guardia se preparó para la siguiente descarga, a menos de treinta metros de Johos. El joven aguardo a que los cincuenta fusiles estuvieran encarados contra su cuerpo. Cuando sonó la voz de fuego, él ya saltaba al suelo.

Tocó el pavimento de losas con los pies, rebotó, dio tres vueltas mortales, a más de seis metros de altura, de tal modo, que la última le llevó a rebasar la línea de sorprendidos fusileros y, al caer de pie, hizo funcionar de nuevo el sable teleguiado.

Cincuenta cráneos recibieron sendos golpes en un espacio de tiempo asombrosamente corto, con la misma rapidez que el dedo de un pianista recorre todo el teclado de su instrumento. Johos estaba entrenado para conferir al arma la potencia adecuada a cada caso. De haberlo deseado, los cincuenta cráneos habrían quedado destrozados, pero el golpe calculado se dirigía únicamente a la privación del conocimiento.

El paso quedaba libre hacia la residencia de Wahanabi. Aún había más soldados, pero Johos sabía que estarían recorriendo las

fronteras del territorio y cobrando exacciones a los nativos que vivían en otras aldeas. De momento, no tenía por qué preocuparse de los otros guerreros.

Avanzó hacia el palacio. Wahanabi apareció de pronto en la entrada, situándose en lo alto de la pequeña escalinata que conducía a la entrada.

—Eres un hombre admirable —dijo—. Francamente, no pensé que lo conseguirías.

—Estoy aquí —respondió Johos llanamente—. Y traigo un mensaje para ti de Jason Truddo, tu gobernador.

—Truddo no es mi gobernador —exclamó Wahanabi con acento lleno de desdén—. Es sólo un hombre anticuado…

—Truddo es la única autoridad reconocida por el Imperio. Y yo actúo en su nombre. El mensaje que me ha dado para ti es: Considérate prisionero y entrégate a su generosidad, a la vez que devuelves a la doncella raptada. De lo contrario, deberás atenerte a las consecuencias.

Wahanabi volvió a mostrar desprecio. Era un hombre gigantesco, más alto aún que Johos, y con un peso que superaba ampliamente los ciento veinte kilos. Pero se conservaba ágil y poseía las fuerzas de un elefante de carga. Su indumentaria consistía en un chaquetón de cuero, de casi un dedo de grueso, pantalones cortos del mismo material y botas hasta las rodillas. En la mano derecha tenía un sable de enormes dimensiones.

—Voy a destrozar al mensajero de ese tonto de Truddo —anunció—. Y luego caeré sobre su ciudad, la conquistaré al asalto, tras haber matado a todo el que se me oponga, y yo seré proclamado gobernador, para hacer progresar este mundo atrasado e inculto.

—A costa, naturalmente, de tu férrea dictadura.

—Llámalo como quieras…

—Wahanabi, voy a darte una última oportunidad. Tira tus armas y entrégate y entrega también a la prisionera.

El gigante sonrió.

—Quieres pelea, ¿eh? Bien, te daré gusto, mercenario. Hay muchos sables en el suelo…

—No necesito ningún sable. Ni tampoco mis armas.

Johos dejó caer el arco y las flechas y también se desprendió del

sable teleguiado y del cuchillo de caza. Alargó las manos, movió los dedos y dijo:

—Éstas son mis armas, Wahanabi.

* * *

Se oyó un ligero clamoreo. Cientos de personas se habían congregado en la plaza.

Wahanabi frunció el ceño. Johos captó el gesto de preocupación.

—No eres tan apreciado por tus súbditos como piensas —dijo el joven—. A decir verdad, opino que se sentirían mucho mejor si te viesen de viaje con tus antepasados.

Wahanabi emitió un rugido de cólera. De pronto, se lanzó hacia adelante, blandiendo aquel sable, tan adecuado a su colosal estatura. Johos lo aguardó a pie firme.

Cuando Wahanabi estaba a punto de alcanzarlo, Johos saltó verticalmente hacia arriba, hasta situarse a unos tres metros del suelo, al mismo tiempo que giraba sobre sí mismo. Largos ejercicios le habían convertido en un virtuoso de aquel contraataque, que le permitió, al iniciar el descenso, alcanzar con ambos pies el espacio situado entre el cuello y los hombros de su adversario.

Wahanabi aulló, a la vez que se tambaleaba. Pudo conservar el equilibrio, pero cuando se volvió, Johos ya no estaba en el sitio en que esperaba encontrarlo.

El golpe se repitió. La cabeza de Wahanabi osciló brutalmente adelante y atrás. Otro hombre habría muerto en el acto, fracturadas las vértebras cervicales, pero la resistencia de Wahanabi era fenomenal y apenas si dobló un poco la rodilla derecha.

Sin embargo, debía acusar los golpes y sus movimientos se hicieron menos precisos. El siguiente ataque de Johos se produjo tras un salto mortal de tres vueltas. Al finalizar la tercera, sus pies, matemáticamente dirigidos, dieron de lleno en la cara del gigante.

Wahanabi resultó proyectado hacia atrás, mientras el joven, tras un instante de permanencia en posición horizontal, a dos metros del suelo, se contorsionaba para caer de pie. Wahanabi retrocedió y chocó contra una especie de obelisco ornamental de granito.

Risas y burlas despiadadas se elevaron de la multitud congregada, en torno a los dos contendientes Wahanabi tenía el rostro lleno de sangre, pero no pasaban de ser heridas superficiales.

Aún podía ver.

Y lanzó el sable como si fuese un venablo. Pero la velocidad de la mano de Johos era infinitamente superior y pudo atrapar el arma por la empuñadura. Luego, antes de que su dueño reaccionase, se la devolvió con gesto fulgurante. Wahanabi saltó a un lado, sin poder evitar que el filo del acero rasgase el lado izquierdo de su chaquetón de cuero.

Por primera vez, Wahanabi conoció lo que era miedo. Su adversario parecía invencible.

Alzó la mano y dijo:

—Me rindo.

Johos inspiró profundamente.

—Está bien. Ahora mismo darás la orden de preparar todo para el viaje a la capital, en unión de Azulia…

El joven se interrumpió bruscamente. Wahanabi buscaba solamente ganarse su confianza. Estaban separados por una docena de metros y había un fusil cargado a dos pasos de distancia. Wahanabi se movió y empezó a inclinarse para apoderarse del arma.

Nuevamente Johos tuvo que recurrir a su prodigiosa rapidez. El sable de uno de los soldados inconscientes pasó a su mano derecha, justo cuando Wahanabi empezaba a levantarse, empuñando el fusil. El sable partió con la potencia de un obús, una fracción de segundo antes de que el índice de Wahanabi se crispase sobre el gatillo.

Ninguno de los presentes vio nada, excepto que, de súbito, el sable aparecía atravesando el corpachón de Wahanabi. El fusil se elevó un poco, y el tiro salió alto, inofensivo. Por la espalda del gigante, asomaba un palmo de acero.

Durante un segundo, Wahanabi se mantuvo todavía en pie, con los ojos desmesuradamente dilatados. Luego, de golpe, se derrumbó sobre las losas.

Entonces, se oyó un atronador clamoreo. Cientos de personas, atemorizadas hasta entonces, se sintieron liberadas de sus miedos, y corrieron a apoderarse de las armas de los guerreros. Algunos recobraban ya el conocimiento, e intentaron defenderse, pero fueron implacablemente exterminados por las gentes a quienes habían oprimido en nombre de un pretendido progreso.

Johos recuperó su equipo. Ahora, se dijo, sólo le faltaba

encontrar a Azulia. Rompiendo el cordón de gente que le saludaba como su liberador, avanzó hacia el palacio.

Una hermosa joven, de rostro seductor y figura exquisitamente conformada, apareció en la entrada. Los largos cabellos dorados caían en sueltas ondas sobre su espalda. En los ojos de Azulia había un inconfundible resplandor de gratitud.

—Te doy las gracias, extranjero —dijo con voz agradablemente musical.

—Me encargaron rescatarte y he cumplido la orden que me dieron —respondió el joven—. ¿Te costará mucho hallarte preparada para emprender la marcha?

—Estoy lista —declaró ella—. Pero aún no conozco tu nombre…

—Me llamo Johos Khim, señora.

Una expresión de sorpresa apareció súbitamente en el rostro de la muchacha.

—¡Johos Khim! —repitió y agregó—: Hijo de Dhor Khim y Neia y hermano de Niklos, muertos en la matanza de Bera…

El turno del asombro llegó entonces para el guerrero.

Aquella caía, ¿no la había visto antes?

—¿Me conoces? —preguntó.

Ella sonrió.

—Te conozco. Y tú también me conoces. Soy Aenia —declaró.

Capitulo V

Cabalgaban apaciblemente por el fondo del desfiladero, en donde sólo soplaban soportables rachas de viento. Dos caballos portaban sus equipajes y las provisiones correspondientes. Johos no acababa de salir todavía del asombro que le había producido el encuentro con alguien a quien había conocido a cientos de años luz de distancia.

—Mis parientes se arruinaron —explicó Aenia—. Él, mi tío, era un pésimo administrador, tan bueno como hombre, rebosante de virilidad, ya que tenía nada menos que cuatro amantes al mismo tiempo. Pero ello le obligaba a unos gastos cada vez mayores, hasta que se vio obligado a emigrar. Entonces, alguien le habló de la Tierra como un planeta con futuro y decidió establecerse aquí. Pero no por ello escarmentó ni abandonó sus costumbres, hasta que cierto día, un marido demasiado quisquilloso, le rebanó el cuello de un sablazo. Mi tía, agotada, falleció y yo quedé sola.

—Pero te llamabas Azulia.

—Zimón
ben-Yull
nos visitó a los pocos meses y me aconsejó cambiase de nombre. No sé por qué lo dijo, pero creí oportuno seguir su consejo.

—¡Zimón! —exclamó Johos, vivamente sorprendido—. ¿Hace mucho tiempo que no le has visto?

—Aquélla fue la última vez, hará unos cuatro años. Ya no he vuelto a saber más de él.

—También yo llevo muchísimo tiempo sin noticias suyas —dijo Johos pesarosamente—. Hizo tanto por mí… Pero tengo la sensación de que se hará visible el día menos pensado —añadió sonriendo—. Aenia, sigue contándome tu historia. Te cambiaste el nombre y…

—Cuando llegamos, mi tío se instaló en una especie de subaldea

situada a unos cuatrocientos kilómetros de la capital. Fue a los pocos meses cuando me cambié el nombre, aconsejada por Zimón, como ya te he dicho. Es preciso reconocer que mi tío era un hábil y experimentado agricultor y consiguió éxitos verdaderamente espectaculares con sus métodos, que enseñó gratuitamente a todo el que se lo solicitaba. Desgraciadamente, su afición a las faldas le acarreó muchos problemas, que finalizaron el día de su muerte. Entonces, ya residíamos en la capital, hasta donde había llegado la fama de mi tío y a la que acudimos llamados por el gobernador. Luego, yo me quedé sola…

—Y Truddo va a convertirte en su cuarta esposa.

—Ésas son sus intenciones.

—¿Y las tuyas?

—Todavía no he aceptado.

—¿Puedes negarte?

Aenia asintió.

—Le diré que no quiero casarme con él —manifestó rotundamente.

—¿Puede tomar represalias? —consultó Johos.

—Si quiere ser tan liberal como pregona, no debería hacerlo. Pero, infortunadamente, hay asuntos en los que un gobernador puede obrar de forma un tanto ilegal, sin que nadie pueda reprochárselo.

—Bueno, si tú no quieres ser su esposa, él no puede obligarte…

—Empleará la fuerza, Johos.

El joven se quedó muy pensativo. ¿Debía abandonar la Tierra directamente, sin pasar por la residencia de Truddo?

Era algo que no podía hacer. Cuando un guerrero independiente se contrataba para un trabajo, cualquiera que fuese, debía informar del resultado de su misión a la persona o personas contratantes. Obrar de otro modo era quebrantar las reglas no escritas, pero que se respetaban escrupulosamente por todos los que habían adoptado tan arriesgada profesión. Perdería su reputación si no volviese a la capital, y ello le impediría tal vez consumar su venganza.

—Nosotros emplearemos la astucia. Y la fuerza si es necesario, para evitar que te conviertas en su tercera esposa.

—Cuarta, Johos —corrigió ella.

—La tercera murió. Era espía de Wahanabi.

—Oh…, Johos, ¿qué harás para impedir…?

—Hay tiempo de sobra para discurrir un plan efectivo —contestó el joven.

—Está bien. Ahora, por favor, cuéntame qué has hecho durante estos diez años.

Johos sonrió.

—Es muy largo…, pero hay tiempo de sobra. —Y empezó a hablar.

Cuando terminó, Aenia le hizo una pregunta:

—¿Por qué te has convertido en un guerrero independiente?

Los ojos del joven centellearon con una chispa de odio, adormecido, pero nunca extinguido.

—Por la venganza… para destruir a «La Ira del Espacio» —contestó sombríamente.

* * *

Al finalizar la sexta jornada del viaje de regreso y cuando ya avistaban la zona donde acababa el desierto, vieron a media docena de jinetes que parecían salir a su encuentro.

Johos detuvo en el acto la marcha de su montura. Aenia le imitó en el acto, sumamente preocupada por la aparición de los intrusos.

Los jinetes se hicieron visibles poco después. Johos apreció que eran soldados de la guardia de Truddo, al mando de un capitán. El pelotón se detuvo a los pocos momentos frente a la pareja.

—Soy Wallyt —dijo el oficial—. Segundo comandante Je la guardia del gobernador. Veo que has rescatado a su prometida, Johos. Indudablemente, eres un hombre valeroso.

—Gracias, Wallyt. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí. El gobernador me encarga te dé las gracias por el inmenso servicio que le has prestado al derrotar a Wahanabi. Aquí está tu premio. Veinticinco monedas de mil áureos cada una.

Wallyt desenganchó una pesada bolsa de cuero del cuerno de su silla y la arrojó al suelo, ante las patas delanteras del caballo que montaba Johos. Antes de que éste pudiera decir una sola palabra, Wallyt añadió:

—A partir de este momento, yo me hago cargo de la custodia de la prometida del gobernador. Tú, Johos, sigue tu camino hacia el lugar donde está tu nave Eso es todo.

Johos arqueó las cejas.

—Lo siento, pero debo ver a Truddo.

—El gobernador ha dado una orden y debe ser cumplida inexorablemente —respondió Wallyt, a la vez que taloneaba a su caballo, para situarse junto a la muchacha.

—¡Quieto! —gritó Johos—. ¡No la toques!

La voz de Johos tenía un indudable tono autoritario, que impresionó a Wallyt, hasta el punto de obligarle a detenerse. Pero el oficial reaccionó de inmediato.

—¿Cómo? ¿Tú, un miserable mercenario, que además ha recibido ya su paga, te atreves a darme órdenes? ¡Esta mujer es la prometida del gobernador y yo tengo encomendado llevarla a su presencia! Toma el dinero y lárgate, antes de que me arrepienta y te envíe al lugar donde no puedes gastar una sola moneda.

Johos apretó los labios. A veces, se dijo, convenía ser astuto. Calmosamente, se apeó del caballo, cogió la bolsa y la puso en una de las alforjas. Había quedado vuelto de espaldas a Wallyt, pero, de súbito, se revolvió y, agarrándolo por una pierna, lo hizo caer de su montura.

En el mismo instante, algo golpeó su cráneo con tremenda fuerza empezó a desplomarse, preso de una súbita debilidad. Vagamente comprendió que Wallyt había debido de impartir órdenes muy precisas a sus jinetes, las cuales comprendían todas las eventualidades posibles. Alguno de los soldados había lanzado un arma arrojadiza contra él, aprovechando el instante de momentáneo descuido.

Aenia gritó agudamente, pero aquella desesperada llamada se extinguió muy pronto en el cerebro de Johos.

* * *

El ruido de los cerrojos le despertó del vago sopor en que había caído, después de ser lanzado a la oscura celda en la que, según manifestaciones de sus captores, debía esperar el juicio por rebeldía contra Truddo. Johos tenía todavía una costra de sangre seca en el lado izquierdo de la cabeza. Llevaba ya tres días de encarcelamiento y, hasta aquel momento, no había visto más que a un viejo guardián que le traía agua y comida una vez al día.

El carcelero dejó en el suelo una bandeja con un plato y una

rústica jarra de barro cocido, así como un cuenco con aceite y la correspondiente lámpara encendida. Johos sacudió la cabeza.

—Eh, tú —llamó.

El hombre se volvió.

—No intentes escaparte, atacándome —dijo—. La siguiente puerta está cenada por fuera y bien vigilada.

—No trato de huir —declaró el joven—. Lo que deseo es que me traigan mi equipaje. Tengo derecho a ello, creo.

—Está bien.

—¿Cuándo me juzgarán?

El carcelero se encogió de hombros.

—Y yo qué sé. —Contestó indiferente.

Johos comió, a pesar de que no sentía apetito. Pero debía conservar las fuerzas. Tarde o temprano, lograría escapar de aquel infecto calabozo, en el que había sido encerrado, mediante una trampa que no se le había ocurrido siquiera imaginar.

Lleno de congoja, pensó en Aenia. Ahora que la había encontrado, al cabo de diez años, ¿iba a perderla de nuevo? En todo aquel tiempo transcurrido desde la matanza, la había recordado numerosas veces, pero nunca fue capaz de imaginarse que un día la encontraría, convertida en una mujer de incalculable hermosura. Con no poco asombro por su parte, descubrió que se había enamorado de la muchacha.

Y Aenia, ¿le correspondería?

Los cerrojos rechinaron de nuevo. El carcelero arrojó un par de bolsas al interior de la celda.

—Como puedes comprender, hemos confiscado tus armas —dijo.

—Lógico —contestó el joven—. Gracias, amigo.

La puerta se cerró nuevamente. Johos examinó rápidamente su equipaje. Con enorme asombro, encontró la bolsa que contenía los veinticinco mil áureos.

—Increíble —murmuró, mientras examinaba una de las monedas, de forma rectangular y de medio centímetro de grosor, todo oro puro. Los terrestres debían de ser muy honrados… o tal vez habían pasado por alto aquella enorme suma.

Pero el dinero podía darle la opción de conseguir su libertad por otros métodos. Empezó a preguntarse cuántas tabletas podía gastar en un fructífero soborno.

De repente, oyó un agudo grito.

Algo estalló sonoramente. Sonaron más gritos.

Hasta el tondo de la celda llegó el estruendo del combate que se había desencadenado tan inesperadamente. Johos oyó fragor de armas y explosiones de fusiles. En el corredor del subterráneo sonaron pasos presurosos.

Alguien huía… o alguien se acercaba allí para liberarle. Lleno de excitación, se puso en pie.

La puerta se abrió de golpe. Chorreando sangre por la boca, el carcelero le dirigió una mirada agónica.

—Es… capa… Piratas… del espacio…

El viejo se derrumbó súbitamente. Entonces, el asombrado prisionero pudo ver el mango del puñal que asomaba por el centro de su espalda.

En el mismo momento, un hombre con gran barba negra apareció en la puerta del calabozo. Johos apreció su robustez física, así como la gran variedad de armas que portaba colgadas de todas partes. El hombre sonreía extrañamente.

—Soy Rhigon, capitán de piratas —se presentó—. ¿Qué haces aquí?

—Me sublevé contra el gobernador… —contestó el joven, mintiendo a medias.

—Ah, un rebelde… Yo también lo fui en tiempos —rió el pirata —. Por eso me desquito siempre que puedo y éste es un lugar magnífico para tomarse el desquite. ¿Quieres unirte a nosotros, rebelde?

—No.

Inmediatamente, Johos comprendió el sentido de su imprudente respuesta. Le faltaba experiencia, reconoció amargamente. Debiera haber aceptado la proposición, pensó, mientras Rhigon daba un paso hacia atrás.

—Entonces, muérete encerrado —dijo el pirata.

La puerta se cerró. Johos saltó hacia adelante, pero llegó demasiado tarde.

Golpeando la recia madera con los puños, gimió, rebosante de ira contra sí mismo. Conocía bien los objetivos de los piratas del espacio. Y tembló por Aenia.

El silencio volvió a aquella parte del palacio. Johos intentó por

todos los medios forzar la puerta de su encierro, pero le resultó absolutamente imposible. En el calabozo, de gruesos sillares de granito, no había más que una abertura de unos veinte centímetros de ancho para ventilación. Y el grosor y la dureza de la madera de la puerta hacían imposible soñar en desgastarla hasta la cerradura… antes de que le sobreviniese la muerte por hambre.

A pesar de todo, debía intentarlo y no dejarse dominar por el desánimo. De la cena le había sobrado media jarra de agua, que decidió conservar para eliminar en lo posible los nefastos efectos de la sed. El plato, roto, en varios trozos, le sirvió para iniciar el ataque contra la madera de la puerta.

Trabajó incansablemente, incluso a oscuras, cuando se agotó el aceite de la lámpara y sobrevino la oscuridad. En el ejercicio de supervivencia, había pasado días enteros antes de encontrar una presa de caza para alimentarse. Pero allí, al menos, el agua no escaseaba, había hierbas y vegetales en abundancia con los que engañar el hambre. En el actual encierro y hasta que lograse abrirse paso hasta el exterior, no disponía más que de un par de cuartillos de agua.

Cuatro días más tarde, el borde de la moneda de mil áureos que empleaba para arrancar fibras a la madera, rozó el metal de la cerradura. Johos estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

Pero aún le quedaba mucho camino por recorrer. Aún le quedaba medio cuartillo de agua, aunque el hambre le roía las entrañas. Descansó un rato y, cuando se sintió mejor, se dispuso a reanudar la tarea.

Entonces, bruscamente, oyó pasos en el corredor. El corazón saltó alborotadamente en su pecho.

La puerta se abrió. La luz de la lámpara eléctrica que portaba el hombre dio de lleno en sus ojos y se vio obligado a cerrarlos para evitar el dañino deslumbramiento.

El desconocido habló y su voz fue toda una revelación para Johos:

—¡Menos mal! ¡Estás vivo!

El joven lanzó una exclamación:

—¡Zimón ben-Yull!

CAPITULO VI

Sentado en el comedor de la nave del buhonero, Johos, tras haberse aseado y cambiado de ropa, devoraba más que comía los manjares que Zimón le había preparado. Aunque ya estaba enterado de algunos de los detalles de lo sucedido, quiso que Zimón le hablase con más extensión del ataque de los hombres de Rhigon.

—Son la plaga del Imperio —dijo el buhonero—. Hay quien dice que Rhigon está en connivencia con Sahosneth, pero yo no lo creo. Lo que sucede es que se trata de un asunto relativamente insignificante en comparación con los negocios de Estado. Por supuesto, Rhigon es lo suficientemente listo como para no atacar naves o planetas demasiado próximos a Dinowar o que puedan tener alguna relación con la Administración. Pero en los demás sitios, puede decirse que goza de una libertad prácticamente total.

—Y no ha habido hasta ahora nadie que se haya atrevido a poner coto a sus fechorías.

Zimón movió la cabeza negativamente.

—No sé de ninguno que lo intentase y viviera para contarlo —respondió—. La guarida de Rhigon está en Kirth-Wwo, un mundo situado tan en la periferia, que los astrogeógrafos no han podido ponerse todavía de acuerdo para determinar si pertenece o no al Imperio. Y como Kirth-Wwo no está demasiado lejos de los puestos avanzados del Primer Imperio, Jilath Bilor ha adoptado la sana política de no atacar a Rhigon en su guarida, a fin de evitarse conflictos intergalácticos. Los primoimperiales son muy puntillosos en cuestión de soberanía estelar, ¿comprendes?

Johos terminó el primer pollo y arremetió contra el segundo.

—Sigue, por favor —pidió.

—Los piratas han saqueado la capital de la Tierra —dijo Zimón —. Ciertamente, no se andan con chiquitas a la hora de pelear, pero el que se rinde suele ser respetado, aunque, desde luego, le queda

poco más que lo puesto. En cambio, otro de sus botines suele consistir en muchachas jóvenes y hermosas. Entre las cuales, como ya estás enterado, figura Aenia.

Johos asintió sombríamente. Sí, ya sabía que los piratas se habían llevado a Aenia y también unas cincuenta jóvenes cautivas, aparte de ingentes cantidades de oro, joyas, telas preciosas y pieles de gran valor. Incluso se habían llevado algunos muebles que estimaron podían serles útiles en el mundo en que se refugiaban después de cada incursión depredadora.

—¿Qué harán con las chicas? —preguntó.

—Las cautivas forman parte del botín, del que Rhigon se queda con un veinte por ciento. El ochenta restante es repartido equitativamente entre los miembros de su banda. Las cautivas son vendidas en pública subasta, en la plaza mayor de Rhigonia, capital de Kirth-Wwo. Naturalmente, el pirata que desea comprar una esclava, ha de pagar su precio correspondiente. Normalmente, no suele suceder así; ellos prefieren repartir el importe de la venta en las condiciones descritas.

—Entonces, ¿quién compra a las cautivas?

Zimón hizo un gesto malicioso.

—Es un secreto a voces —contestó—. Hay una subasta anual y la próxima tendrá lugar dentro de tres semanas. Acuden gentes de todas partes, con buenas bolsas repletas de tabletas de mil áureos. ¿Para qué gastarse el dinero en una esclava, piensan los piratas si también llegan mujeres de otros planetas, buscando la fácil ganancia que obtienen en Kirth-Wwo?

—Entiendo. Zimón, ¿qué ha sido de Truddo?

—Muerto —contestó el buhonero escuetamente.

—Me engañó —dijo el joven.

Y acto seguido, relató lo ocurrido. Al terminar, Zimón lanzó una risita burlona.

—Eso te enseñará a ser un poco menos confiado —dijo—. Pero así es como se adquiere la verdadera experiencia —añadió.

—De acuerdo, tienes toda la razón. Sin embargo, quiero hacerte una pregunta. Dos mejor dicho.

—Empieza, muchacho.

—Primero, ¿cómo llegaste a la Tierra tan oportunamente?

Zimón le guiñó un ojo.

—Quería saber el resultado de tu primera misión —declaró—. Realmente, no la acabaste de un modo demasiado satisfactorio. Este semifracaso no te hará ganar fama precisamente.

—Lo siento —dijo el joven ceñudamente—, pero en cuatro días no vino nadie a buscarme…

—Te creían muerto. La verdad, cuando bajé a los sótanos, iba dispuesto a enterrarte. Pero como, por fortuna, estás vivo… Johos, ¿cuál es la otra pregunta?

—¿Por qué aconsejaste a Aenia el cambio de nombre?

—La respuesta queda aplazada —dijo Zimón sin pestañear.

Johos fijó la vista en el hombre que tenía frente a sí. A veces. Zimón le parecía infinitamente viejo; otras, en cambio, era solamente un hombre maduro, aunque poseedor de una astucia y una inteligencia inigualables. En todo caso, se trataba de un individuo excepcional.

Y en aquel instante, supo que había llegado a convertirse en la pieza esencial de algún plan que Zimón había trazado muchos años antes… antes, tal vez, de la matanza de Bera. Maquinalmente se miró el brazo izquierdo, en el que no había vuelto a aparecer el tatuaje de las estrellas y los rayos. Sí, Zimón sabía más, muchísimo más de lo que realmente daba a entender.

—Está bien —dijo—. Me dirigiré a Kirth-Wwo y rescataré a Aenia.

—No será fácil —advirtió el buhonero.

—Rhigon lamentará haberse llevado a la mujer a quien amo. Cuando Aenia y yo abandonemos Rhigonia, la guarida de los piratas habrá dejado de existir.

Zimón sonrió al captar la nota de petulancia que había en aquella afirmación.

—Es muy posible —dijo.

—Tú tienes un atlas completísimo de todos los mundos de nuestro Imperio. Seguramente, habrá información sobre Rhigonia.

—Sí, la hay.

—¿Desembarcarás tú también?

—¡Los Doscientos mil Soles me libren! —exclamó Zimón—. Lo único que puedo hacer en tu favor es prestarte un bote salvavidas y aguardar en un lugar determinado a que vuelvas con la chica.

—Gracias, me conformo con el bote.

* * *

Dos semanas más tarde, Johos descendió sobre la superficie de Kirth-Wwo, a unos dos kilómetros de Rhigonia. El aparato en que había viajado hasta el planeta era un sencillo cohete, de limitado alcance, aunque capaz para albergar a una docena de personas en caso de verdadera necesidad.

Zimón había quedado a millón y medio de kilómetros de distancia, estacionada su nave al resguardo de un satélite de Kirth-Wwo, un pedrusco de sólo unos centenares de kilómetros de diámetro, con las suficientes grietas para poder esconderse sin temor a ser divisado por otras astronaves. Johos y Aenia se reunirían con él una vez consumado el rescate.

Tras desembarcar, Johos conectó el mecanismo de seguridad de la compuerta de acceso del cohete. No era el suyo el único, por otra parte; había decenas de aparatos de todas clases, en donde, estimó, habrían llegado los futuros compradores de esclavas. Pero el mecanismo de seguridad evitaría posibles tentaciones; en un mundo de piratas, los ladrones, ciertamente, no escaseaban.

Una vez terminadas las operaciones, emprendió la marcha a pie. Rhigonia se veía relativamente cerca, situada en la extensa ladera de una montaña, que daba a las edificaciones un cierto aspecto de anfiteatro. La ciudad, no obstante, había empezado ya a extenderse por la llanura, formando un amplio conjunto de anillos concéntricos, en torno a la plaza mayor, donde se celebraban todos los acontecimientos.

Zimón le había dicho que era hombre afortunado al poseer veinticinco mil áureos. «Puedes comprar media docena de esclavas», aseguraba humorísticamente, sabiendo que Johos sólo tendría ojos para una mujer. Asimismo le había dado algunos consejos, que sabía podían resultarle útiles. Finalmente, le había cambiado una tableta de mil áureos, por moneda más pequeña, a fin de que pudiera desenvolverse durante la etapa anterior a la subasta.

Aunque Rhigonia no estaba amurallada, había un par de centinelas armados ante uno de los accesos y al pie de dos enormes postes, que sustentaban una gigantesca pancarta, con el anuncio de la subasta. En los postes ondeaba asimismo la bandera de Rhigon: roja, negra y verde, con un rectángulo en el lado superior izquierdo, en el que se veía una mano empuñando un puñal del que se

desprendían algunas golas de sangre. Johos, cauto, se llevó la mano a la sien y luego al hombro izquierdo, como saludo a la enseña de los piratas.

Los centinelas le miraron con curiosidad.

—Vienes a la subasta —dijo uno de ellos.

—Necesito un par de mujeres —contestó Johos sonriendo. Sacó la bolsa del dinero y lanzó cuatro monedas de cincuenta áureos—. Tomad unas jarras de vino a mi salud cuando os releven.

—Gracias, extranjero. Ojalá te lleves las mujeres más bellas.

—A eso he venido, amigos. Por cierto, según el anuncio, la subasta se llevará a cabo dentro de una semana. Mientras tanto, necesitaré alojarme…

—Se nota que eres novato —rió uno de los centinelas—. Ve al Albergue de la Calavera; es el mejor. Cobra unos precios exorbitantes…, pero en la factura se incluyen las atenciones femeninas que desees.

—Pregunta por Grattilia, la dueña. Es buena amiga mía —añadió el otro pirata.

—Gracias, amigos. Espero que volvamos a vernos para beber juntos. Por mi cuenta, claro.

Los centinelas le saludaron amablemente. Johos sabía que en las incursiones se convertían en una especie de bestias sanguinarias, capaces de las mayores atrocidades. En Rhigonia, sin embargo, eran corteses con todo extranjero que acudiese a la subasta, porque sabían que la amabilidad les reportaría sustanciosos incrementos en el botín.

Johos llevaba una bolsa que contenía sus armas. El arco y las flechas habían sido despiezados, aunque confiaba más en el sable teleguiado. Pero un par de flechas, en determinado momento, podían resultar de suma utilidad. Y, si era preciso, utilizaría la pistola radiante que Zimón le había proporcionado.

Un cuarto de hora más tarde, diviso el Albergue de la Calavera, un edificio construido de grandes losas de color oscuro y origen volcánico, sobre cuya puerta principal y sujeto adecuadamente, había un cráneo artificial de enormes dimensiones. La puerta era un gran arco de medio punto, situada en el remate de una escalera de media docena de peldaños.

El suelo del albergue espejeaba. Johos se acercó al mostrador.

Un sujeto de nariz afilada le miró con curiosidad.

—Deseas hospedaje, supongo —dijo.

—Sí. La mejor habitación que esté disponible —pidió Johos.

—Cuarenta áureos diarios —dijo el hombre—. Con derecho a compañía en la cama.

—Femenina, supongo —rió Johos.

—Algunos huéspedes son caprichosos y no piden precisamente una mujer.

—Es extraño. Yo creí que todo el que viene a comprar esclavas…

—Hay compradores que las adquieren por cuenta de otros que no quieren declarar su nombre.

—Oh, comprendo. De todas formas, por ahora no me envíes una mujer.

—Como gustes, señor.

El recepcionista entregó a Johos una llave.

—Primer piso, puerta once —indicó.

—Gracias.

Cuando se dirigía la escalera que permitía el acceso a los pisos superiores, una mujer le cerró el paso.

—Comprador de esclavas, supongo —dijo.

—Sí, señora.

—Soy Grattilia, propietaria del albergue. —Se presentó ella.

—Thordo. —Johos dio un nombre imaginario, acción recomendada por Zimón—. En el acceso oriental, un centinela me habló muy bien de ti, Grattilia.

Ella sonrió, halagada. Era una mujer muy hermosa, de formas exuberantes, vestida con una especie de traje largo hasta los pies, y aunque holgado, no lo suficiente para disimular las ampulosas formas de su pecho. El pelo era muy rojo, peinado de una forma harto complicada. Realmente, Grattilia era una mujer de enorme atractivo, aunque ya no una jovencita.

—Tengo buenos amigos en todas partes. Thordo —contestó—. Bien venido a mí casa.

—Gracias. —El joven se inclinó profundamente—. Ha sido un gran placer…

Momentos más tarde, Johos estaba en su alojamiento. Aunque un tanto severo en la decoración, no carecía, sin embargo, de las necesarias comodidades. Después de un largo y reconfortante baño,

se vistió y salió al dormitorio. Sobre una mesa, divisó una botella con vino rojo, de la que sirvió una copa.

Luego se acercó a la ventana, amplia y con una satisfactoria perspectiva, ya que daba a la plaza donde una semana más tarde se celebraría la subasta. Ya estaban construyendo el gran tablado donde se exhibirían las cautivas en venta.

De pronto, al otro lado de la plaza, Johos divisó un edificio bastante extenso, de dos pisos, sobre cuya puerta principal campeaba un rótulo harto explícito: «Equipos y pertrechos de todas clases».

La contemplación del almacén le dio una idea. Y empezó a pensar en la mejor forma de ponerla en práctica.

CAPITULO VII

La ciudad pululaba de gentes de todas clases. Había llegado ya la víspera de la subasta.

Johos sabía que eran unas doscientas treinta las jóvenes que iban a ser subastadas. También sabía que no podría evitar la venta de algunas de aquellas infelices. Pero estaba seguro de que iba a ser la última vez que se celebrase aquel inhumano tráfico.

La plaza mayor hervía de gente. En las tabernas corría el vino en abundancia. Las prostitutas estaban por todas parles, ofreciéndose impúdicamente a los viandantes. El ambiente de depravación era insuperable, pensó Johos, en el atardecer de la víspera de la subasta.

La noche llegó lentamente, pero el bullicio no decreció un solo instante. Sentado junto a la ventana, Johos contemplaba el tablado de la subasta, brillantemente iluminado por varias hileras de lámparas. En su cuarto no había ninguna luz encendida.

Súbitamente, oyó el ruido de la puerta al abrirse. A. volver la cabeza, con la mano en la culata de la pistola radiante, vio la silueta de una mujer.

—No he pedido tu presencia aquí —dijo ásperamente.

—Lo sé. Pero yo no he venido para darte placer. —Respondió Grattilia.

Johos se puso en pie.

—Lo siento. Discúlpame.

Ella sonrió en la relativa penumbra del dormitorio.

—Claro que cuando un hombre resulta muy atractivo, yo no soy inaccesible —añadió—. Pero no he venido en busca de una aventura amorosa, aunque al final, si se presenta…

Grattilia avanzó un par de pasos más. Johos vio entonces que los ropajes que llevaba eran prácticamente transparentes. Las bellas formas del cuerpo femenino se advertían sin demasiada dificultad.

—¿Quieres una copa de vino? —ofreció.

—Gracias.

Johos llenó dos copas y ofreció una a la dueña del hotel. Grattilia alzó la maño.

—Por tu éxito en la subasta —brindó.

—Eres muy amable.

—Y porque consigas todo lo demás —añadió Grattilia enigmáticamente.

Johos se puso rígido.

—No entiendo —manifestó.

—He venido varias noches a tu cuarto. Siempre estabas ausente y no precisamente en la cama de otra mujer. Anoche te vigilé hasta muy tarde. Empiezo a comprender tu plan y deseo que lo remates victoriosamente.

—Sigo sin comprender…

—Johos, hace casi veinte años, yo tenía entonces quince mal cumplidos, fui vendida ahí como esclava. Tuve la suerte, sin embargo, de caer en manos de un hombre amable, que me trató como a una persona y no como un objeto para sus placeres nocturnos. Cuando murió, heredé sus bienes y entonces volví a Rhigonia y fundé este negocio. He visto vender miserablemente a millares de mujeres… y por eso deseo que acabes de una vez por todas con este repugnante tráfico… y con los malvados que lo sostienen y los asesinos que asolan ciudades enteras para obtener botines manchados de sangre… —Grattilia jadeaba violentamente —. Vi morir a mis padres y hermanos delante de mis ojos, por la mano de Rhigon, y entonces me juré que un día ayudaría con todas mis fuerzas al hombre que fuese capaz de intentar la destrucción de esta guarida de piratas.

Johos se quedó atónito al escuchar aquel apasionado discurso.

—No sabía…

—Ahora ya lo sabes —dijo ella—. Pero, en cambio, ignoras algo: has estado robando pertrechos del almacén del otro lado de la plaza y Rhigon está enterado.

El joven sonrió.

—Me lo suponía. Sin embargo, Rhigon se llevará una gran sorpresa —declaró—. Sobre todo porque, como espero, no conoce aún la identidad del ladrón.

—Eso es cierto, Johos.
—Sabes mi nombre —dijo él, frunciendo el ceño.
—Sí —admitió Grattilia.
—¿Quién te lo ha comunicado?
Ella sonrió enigmáticamente.
—No hagas preguntas que no puedo contestar —dijo.
«Una vez más, la mano de Zimón», pensó el joven.
—Como gustes. ¿Otra copa, Grattilia?
La mujer sonrió. Se acercó al joven y le besó suavemente en los labios. Johos sintió contra su pecho el dulce calor de los senos femeninos. Por unos instantes, sintió un ramalazo de pasión, pero, haciendo un gran esfuerzo, logró dominarse.
—Comprendo —dijo ella, sin mostrar resentimiento—. Te deseo suerte… y yo estaré aquí para ayudarte en caso necesario.
—Gracias.
Momentos después, Johos volvía a quedarse solo. Al otro lado de las hileras de lámparas que alumbraban el enorme tablado, estaba el edificio en donde se hallaban encerradas las cautivas.
Al día siguiente, se prometió, Aenia estaría liberada y la guarida de los piratas habría sido destruida.

* * *

La animación era extraordinaria en la plaza. Desde su ventana, Johos contemplaba el bullicio, que producía a veces un estrépito ensordecedor. Pero aunque la mayoría de los espectadores parecían satisfechos, Johos no pudo por menos de notar una singular cantidad de hombres armados hasta los dientes.
Sí, Rhigon temía algo y tomaba sus precauciones. Lo que el jefe de los piratas no sospechaba era que el golpe de su hasta ahora desconocido atacante iba a producirse de una manera totalmente insólita.
Las primeras cautivas salieron al tablado. Los encargados de la venta las obligaron a desnudarse, a fin de que los presuntos compradores pudieran admirar sus cualidades físicas. Había risas, pero también abundantes lágrimas en las cautivas. Los vendedores se burlaron de las primeras ofertas; ninguna de las prisioneras sería vendida por menos de quinientos áureos.
Johos continuaba en el puesto de observación que era la ventana

del albergue. De pronto, vio a Rhigon en una esquina del tablado, dominándolo todo con su penetrante mirada. Johos desvió ligeramente la suya, cuando notó que Rhigon fijaba la vista en su ventana. El pirata supondría que se trataba de un comprador exigente, que aguardaba mercancía más valiosa que la exhibida hasta aquel momento.

La mañana transcurrió lentamente, con cierta monotonía. Habían sido vendidas ya ochenta cautivas, a un precio medio de setecientos áureos. Johos empezaba incluso a aburrirse cuando, de pronto, oyó la voz de uno de los vendedores:

—Aenia, de la Tierra, diecinueve años, doncella. ¡Precio de salida, mil quinientos áureos!

—Mil seiscientos —ofreció un comprador instantáneamente.

Johos apretó los puños de rabia al ver a Aenia completamente desnuda en el tablado, con los ojos bajos y el rostro encarnado de vergüenza por la impúdica exhibición de que era objeto. Después de serenarse, Johos se dijo que había llegado el momento de actuar.

La ventana estaba abierta de par en par y él disponía ahora de un propulsor individual. Pendiente del cinturón llevaba el mando del sable teleguiado. En la mano derecha tenía otra cajita de control. La izquierda le serviría para guiar el propulsor.

El aparato le hizo elevarse en el aire. Apretó un botón en la segunda caja de control y numerosos chorros de humo empezaron a elevarse de todos los rincones de la plaza.

Rhigon aulló al comprender que el intruso desconocido se disponía al ataque. Vio a Johos volar horizontalmente por el aire y supo que iba a rescatar a Aenia. Entonces sacó una pistola radiante, pero antes de que pudiera disparar contra la chica, se oyó un estallido en una de las ventanas del hotel.

En la frente de Rhigon apareció un rojo orificio. Johos agradeció mentalmente la ayuda de Grattilia. Al fin, la antigua esclava se había vengado.

Sonaban gritos de cólera por todas partes. El humo, aunque invadía la plaza, no impedía demasiado la visión. Johos aceleró la marcha de su propulsor y cayó sobre Aenia, asiéndola por el talle con el brazo derecho. AI mismo tiempo, daba a su aparato el máximo de potencia.

Johos y Aenia se elevaron vertiginosamente en el aire. Debajo, a

cientos de metros de distancia, un pirata se volvió repentinamente contra uno de sus colegas y lo acuchilló salvajemente.

En pocos minutos, centenares de piratas estuvieron luchando entre sí como bestias feroces. Las mujeres y los espectadores neutrales huían despavoridos, chillando horriblemente. El desconcierto y la confusión resultaban sensaciones que nadie podía dominar.

Los piratas continuaban sus sanguinarias peleas. Cuando uno caía herido, su adversario se arrojaba sobre él para rematarlo sin piedad. Y aunque él estuviese también herido, continuaba luchando salvajemente hasta morir.

En pocos minutos, cientos de cadáveres sembraron la plaza. Algunos de los supervivientes, aunque heridos y ensangrentados, suspendieron de repente sus contiendas y corrieron hacia el almacén de pertrechos.

El dueño y sus criados intentaron oponerse al asalto, pero fueron exterminados sin piedad. A continuación, los piratas buscaron el departamento de explosivos.

Minutos más tarde, empezaron a oírse las primeras detonaciones. Los edificios saltaban por los aires como castillos de naipes, pese a la solidez de su construcción. Los habitantes de Rhigonia huían despavoridos, sin comprender la oleada de locura que se había apoderado de los piratas.

El estruendo era incesante. El albergue, las tabernas, los lugares de distracción, los alojamientos…, todo era destruido implacablemente por aquella pequeña horda de demoledores, que no cesaban de moverse de un lado para otro, colocando sus cargas explosivas. Algunos de ellos, literalmente enloquecidos, se arrojaban hacia adelante cuando una de las cargas iba a explotar.

Media hora más tarde, Rhigonia era un inmenso montón de ruinas humeantes. Nadie comprendía lo que había pasado ni cómo se había producido aquella fenomenal destrucción.

El único que lo sabía era Johos quien, sosteniendo aún a Aenia, había presenciado todo desde las alturas. Cuando, al fin vio que la ciudad pirata había sido arrasada, emprendió el vuelo hacia su bote.

Aenia estaba fuertemente abrazada a su pecho. La joven no acababa de comprender todavía cómo le había llegado la salvación en el momento más crítico. Pero el contacto con el cuerpo de Johos

la confortaba y hasta le impedía sentir vergüenza de su desnudez.

Un minuto más tarde, tocaron el suelo. Entonces, con gran sorpresa, Johos divisó a Grattilia en la puerta de la nave.

—Tú…

Grattilia tenía unos ropajes en las manos.

—Cúbrete, muchacha —dijo.

Aenia aceptó agradecida el vestido. En torno a aquel lugar, había un gran movimiento de personas, que sólo buscaban un medio para huir de un mundo que, repentinamente, se había hecho inhabitable.

—Si no te importa, viajaré con vosotros —dijo Grattilia.

—He arruinado tu negocio…

Grattilia sonrió.

—Sabía que tenía que suceder algún día y estaba prevenida —manifestó—. Vamos.

Johos y Aenia entraron en el bote, que se elevó en el acto. Johos no dejó de observar la gran bolsa que Grattilia llevaba consigo y en la que, indudablemente, transportaba parte dé su fortuna.

—Tengo que darte las gracias —dijo, tras situar el bote en la órbita correcta—. Mataste a Rhigon…

—Me había preparado para ese momento —declaró Grattilia.

—Y tenías un fusil.

—Sí. Pero lo que no comprendo es qué les pasó a los piratas y por qué se exterminaron entre sí.

Johos sonrió. Aquel truco formaba parte de su etapa de entrenamiento.

—Rhigon podía estar enterado de que había robado una gran cantidad de botes de humo, que debían ser activados por una señal de radio. No sabía dónde estaban, pero, indudablemente, se había preparado para el contraataque. Lo que no podía imaginarse siquiera era que había una droga en las sustancias químicas que producen el humo —explicó.

—Una droga —exclamó Grattilia, atónita.

—Cuando uno pasa diez años aprendiendo a convertirse en guerrero independiente, acaba por adquirir una enorme cantidad de conocimientos, entre ellos los de las propiedades de ciertas hierbas. Si recuerdas bien, Grattilia, pensarás en los continuos paseos que daba por los campos circundantes. Más de una vez me fui al

amanecer y regresé bien entrada la noche, ¿no es así?

—Cierto. Buscabas la droga…

—Y la encontré. Sequé las hierbas en el secador del baño, a máxima temperatura, y luego las pulvericé, para introducir la dosis adecuada en cada bote de humo. Esa droga actúa solamente como excitador belicoso, en toda persona acostumbrada al manejo de las armas. Le hace pelear contra otro que también esté armado y, finalmente, le impulsa a destruir por los mejores medios a su alcance, todo cuanto encuentra a su paso.

—Eres un hombre increíble. Estoy segura de que acabarás consiguiendo tu principal propósito.

Johos se volvió sorprendido hacia Grattilia. Ella, ligeramente sonrojada, forzó una sonrisa de circunstancias.

—Sí, soy una buena amiga de Zimón —agregó.

—Y ahora…

—Ocúpate de Aenia, ¿quieres? —dijo Grattilia maliciosamente —. Está aguardando a que le digas algo bonito.

Johos miró a la muchacha. Sin poder contenerse, la atrajo contra su pecho. La actitud de Aenia le dijo, mejor que todas las palabras, cuáles eran sus sentimientos hacia él.

Capitulo VIII

La nave de patrulla aterrizó en las inmediaciones de la ciudad que parecía arrasada por un terremoto. Algunos supervivientes buscaban en las ruinas elementos para una precaria subsistencia. Eran los desafortunados que no habían podido encontrar plaza en una de las naves que habían abandonado Kirth-Wwo tras la catástrofe.

El coronel Erdos Rhan, comandante de la nave de patrulla, contempló estupefacto el increíble espectáculo que ofrecía Rhigonia destruida. Ordinariamente, no se hubiera acercado a un año luz de distancia, pero ciertos rumores que había oído en algunas de sus etapas, le habían decidido a realizar una investigación sobre el terreno. El ascenso a general no estaba ya lejano y Erdos quería acumular todavía más méritos. Sabía que el Cuartel General aprobaría su decisión. Obrar en sentido contrario, podría haber tenido efectos harto desagradables para su carrera.

Unos minutos más tarde, estaba conversando con uno de los supervivientes.

—Fue un guerrero independiente llamado Johos Khim —declaró el interrogado—. Aparentemente, vino aquí como comprador de esclavas, pero, según parece, tenía una cuenta pendiente con Rhigon.

—Y éste es el resultado de su hazaña —murmuró el coronel.

—Así es, señor… Apenas si han quedado media docena de piratas vivos. Todos los demás murieron…

El hombre explicó cuanto sabía al respecto. Lo único que no dijo fue que Johos se había presentado bajo el nombre de Thordo. Tampoco declaró que conocía el verdadero nombre del guerrero independiente, merced a la deliberada «indiscreción» de una vengativa dueña de albergue.

Cortés, Erdos dio las gracias al hombre y se ofreció para

transportarle a él y a cuantos quisieran en su nave y al lugar que desearan. El superviviente agradeció el ofrecimiento y dijo que los que estaban allí habían decidido quedarse, para construir una nueva población y vivir pacíficamente.

Unos minutos más tarde, Erdos se hallaba de nuevo en su cámara de mando. La nave despegó inmediatamente. Erdos hizo una consulta a la computadora de personalidades.

La respuesta fue:

«Johos Khim, origen desconocido, guerrero independiente, graduado en la escuela de Corlack Duss, el día 11, mes 6, año 5019, VII del Glorioso Imperio. Máximas calificaciones. Futuribles indican gran porvenir».

Erdos reflexionó largamente. Al cabo de unos minutos, hizo venir u su jefe de comunicaciones y le dictó un mensaje secreto para el propio emperador.

El nombre de Johos Khim le sonaba de algo y no precisamente como alumno de Corlack Duss.

* * *

La nave se elevó raudamente, dejando a una pareja en el suelo. Sentado ante los mandos, Zimón miraba fijamente hacia el espacio constelado de estrellas.

—Estás pensando en el muchacho —dijo Grattilia.

—Sí.

—¿Crees que la hora ha llegado?

—Está a punto de llegar.

—Pero ellos se han quedado ahora en ese planeta solitario…

Zimón sonrió maliciosamente.

—Están enamorados. Deben disfrutar un poco de la vida —contestó.

—Si él es quien tú piensas, debiera casarse. Por los efectos legales futuros, claro.

—Ya llegará el tiempo de la boda, no te preocupes. ¿Dijiste a tu criado el verdadero nombre del muchacho?

—Sí, desde luego.

—Ya habrá llegado alguna nave de patrulla. Las noticias de la destrucción de Rhigonia se han extendido con gran rapidez.

En los días precedentes, habían escuchado las distintas retransmisiones de noticias. En el Cuarto Imperio se conocía ya la destrucción de la guarida de piratas.

—¿Y después? —preguntó Grattilia.

—Alguien enviará a buscar al muchacho. El resto depende de él, como puedes imaginarte.

Grattilia se estremeció.

—¿Tendrá la suficiente experiencia para afrontar el combate final? —Dudó.

—Es un riesgo que debemos correr, hermosa. Pero tengo confianza en Johos. Corlack me dijo que jamás había tenido un alumno como él.

—A veces, la habilidad con las armas no es suficiente…

—Corlack le enseñó también muchas otras cosas. Aunque, por supuesto, no le dijo la verdad de su origen.

—Zimón, eres un viejo truhán —sonrió Grattilia—. ¿Cómo has tenido paciencia suficiente para aguardar más de veinte años?

El buhonero suspiró.

—Querida, veinte o más años no significan ahora ni la décima parte de la vida media de un hombre. Hace algunos miles de años, sí, tal vez, cuando el máximo que vivían las personas no llegaba a los noventa años, entonces hubiese apresurado un tanto las circunstancias. Pero si uno quiere ejecutar un plan con posibilidades de éxito, debe aprender a ser paciente.

—En eso tienes razón —convino Grattilia.

Zimón la miró de reojo.

—Quizá Johos es la clase de hijo que te hubiese gustado tener —apuntó.

Ella negó con la cabeza.

—Es la clase de hombre con quien me hubiese gustado encontrarme a la edad que tiene Aenia ahora. Pero yo paso a esa muchacha más de quince años… y ella es la verdaderamente afortunada.

—No te consideres tan desgraciada. Me tienes a mí. Y sólo soy viejo de cara —rió el buhonero, a la vez que alargaba la mano para conectar el piloto automático.

Zimón se puso en pie y tiró de la mano de Grattilia.

—Voy a demostrarte que la cara no siempre es el espejo… de la

vejez —agregó.

Los ojos de Grattilia brillaron.

—No fracases, especie de canalla —murmuró.

—No fracasaré —dijo él apasionadamente, a la vez que buscaba los jugosos labios de la mujer.

* * *

Salieron del río, completamente desnudos, tras un largo rato de natación, y se tendieron sobre la hierba, al sol, un tanto fatigados, pero contentos y felices. La nave en que habían viajado hasta aquel planeta, estaba bajo los árboles. Fuera de ella, Johos había preparado un espacio sombreado, con una lona y cuatro largas varillas hincadas en el suelo. Debajo del liviano refugio había una mesa y dos sillas. Sobre la mesa había comida y bebida. Un poco más allá, estaba el detector, afortunadamente silencioso en todo el tiempo transcurrido hasta aquel momento.

La cabeza de Aenia se apoyó en el hombro de Johos.

—¿Eres dichoso? —preguntó ella dulcemente.

—Nunca creí alcanzar tanta felicidad —respondió él, mientras acariciaba sus cabellos con ternura.

—Yo también soy muy feliz, pero, a veces, pienso en el futuro…

—Olvídalo por el momento; piensa sólo en el presente.

—No siempre lo consigo. —Aenia se volvió de costado para mirarle fijamente—. Johos, ¿puedo decirte algo?

—Aunque no nos hemos casado aún, te considero mi esposa —respondió el joven significativamente—. Habla sin temor.

—Entonces, te lo diré. ¡Abandona la venganza!

—¡Aenia!

—Quedémonos a vivir aquí para siempre… Yo te pediría que fuésemos a Bera, pero aquel lugar tiene malos recuerdos para nosotros. Aquí, en cambio, estamos solos… Es como un paraíso, donde podemos vivir felices y olvidados de todos… menos de Zimón, claro, que vendría a visitarnos de vez, en cuando… Johos. Te lo ruego, desiste de tus proyectos.

El joven vaciló un instante. Encontraba la petición de Aenia perfectamente lógica. Si, aquel territorio era realmente paradisiaco. Zimón, buen conocedor de los mundos, había sabido conducirles a un lugar donde, durante algún tiempo, podían olvidar sus

amarguras en el amor. Pero quedarse allí para siempre, abandonar la venganza, dejar que el autor de la terrible matanza viviera contento y satisfecho, sobre la opresión de que hacía objeto a los pueblos del Imperio…

—Aenia…

Ella le besó cálidamente.

—No me des una respuesta ahora —dijo—. Piénsatelo bien.

—Sí, debo meditar a fondo…

—Pero sea cual sea tu decisión, yo no dejaré de amarte mientras vivamos.

Johos se volvió hacia la muchacha. Tras unos segundos de intenso silencio, buscó su boca y la estrechó fuertemente en sus brazos. Aenia se estremeció y correspondió con todo el fuego de su pasión a la pasión del hombre a quien pertenecía.

* * *

Por las noches, dormían al aire libre, envueltos en una liviana manta. Era ya la cuarta semana de su estancia en aquel pequeño paraíso y Johos empezaba a pensar en la conveniencia de tomar una decisión.

Aún no había dado una respuesta a la muchacha. Aenia, paciente y comprensiva, no había vuelto a mencionar el tema. Pero Johos sabía que, inevitablemente, habría de llegar el momento de salir de aquella encrucijada en que se había detenido momentáneamente.

De pronto, cuando amanecía, el detector empezó a lanzar unos pitidos entrecortados. Johos tiró la manta a un lado y se puso rápidamente en pie.

—¡Aenia, despierta!

La muchacha vestía una especie de mono, de mangas y perneras cortas. Prenda que solía utilizar habitualmente, junto con las botas que empezó a calzarse, sentada sobre la manta.

—¿Zimón? —preguntó.

Johos tenía la vista fija en la pantalla.

—No. Habría enviado ya una señal visual de reconocimiento. Creo que se trata de una nave imperial.

—¡Vienen a buscarte! —Se asustó ella.

—No temas. Tarde o temprano, tenía que suceder algo por el

estilo.

Aenia se acercó al joven. La luz del día crecía rápidamente. En la pantalla de observación, las señales crecían en intensidad.

—Entonces… no has abandonado tus proyectos.

—¿Me lo reprochas? Tú no viste a tus padres y hermano como los vi yo, porque procuré evitarte aquel horrible espectáculo… Tampoco viste cientos de cuerpos horriblemente mutilados…

—¡Basta, por favor! —exclamó Aenia—. Si has de ejecutar tu venganza, hazlo, pero no me tortures…

Johos la abrazó tiernamente.

—Lo siento, cariño. Perdóname…, pero es que no puedo evitar ciertas reacciones cada vez que me acuerdo… Lo lamento de veras, créeme.

El corazón de la muchacha palpitaba aceleradamente. Johos notó sus latidos en el contacto contra su pecho. Pero tenía la convicción de que el momento largamente esperado durante años, estaba a punto de llegar.

La nave, de forma lenticular, descendió, emitiendo destellos luminosos por las lámparas de los bordes. A los pocos momentos, un oficial, seguido de dos soldados, se acercó a la pareja.

—¿Eres el llamado Johos Khim? —pregunto.

—Sí, yo soy —contestó el interpelado—. Ella es mi futura esposa, Aenia.

El oficial se inclinó gravemente.

—Os presento los respetos de su Majestad Imperial, Jilath I. Su Majestad ha tenido conocimiento de la fama que has alcanzado como guerrero independiente y me encarga te transmita su gratitud por la destrucción de la ciudad de los piratas, un centro de salvajismo y barbarie, que había llegado a convertirse ya en algo más que una molestia para el Imperio. Su Majestad me ha encomendado, además, te transmita sus deseos de conocerte personalmente para recompensarte como se merece un hombre de tus cualidades.

—Te doy las gracias por el mensaje —contestó Johos—. Aenia y yo aceptamos reconocidos la invitación de que eres portador.

—Si no tienes inconveniente, viajarás en mi nave, más rápida que la tuya. Ya tienes una cámara preparada —declaró el oficial.

—Estaremos listos en muy poco tiempo.

—Uno de mis hombres pilotará tu nave. —El oficial contempló a Johos con admiración—. Has realizado una hazaña verdaderamente notable. En todas partes se comenta tu gesta. Incluso se han compuesto baladas en tu honor.

Johos sonrió.

—Los piratas habían raptado a mi prometida. No podía consentir que se saliesen con la suya. Además, Rhigon y su colección de forajidos habían cometido demasiadas salvajadas. Me pareció conveniente librar al Imperio de una plaga dañina.

—No cabe la menor duda de que lo has conseguido. —El oficial movió una mano—. Por favor…

Minutos más tarde, Johos y Aenia estaban instalados en una lujosa cámara. El comandante de la nave dio una explicación de la regia acogida:

—Su Majestad Imperial tiene particular empeño en honrar al hombre que ha limpiado sus posesiones de bandidos —dijo.

—Su Majestad es innecesariamente amable con nosotros —sonrió Johos.

Al quedarse solos, Aenia contempló el lujoso lecho, equipado con sedas de la mejor calidad y de agradables colores. Sin saber por qué, sintió un extraño presentimiento. Pese a las palabras del oficial, le parecía que habían caído en una trampa.

Pero lo olvidó todo cuando los brazos de Johos se cerraron en torno a su talle y sintió en sus labios el ardoroso contacto del hombre al que amaba con todas las fuerzas de su alma.

* * *

El coronel Erdos Rhan aguardaba pacientemente en la antecámara, por la que ya habían desfilado altos personajes con los que, a pesar de su rango, no había tenido contacto jamás. Los coroneles abundaban sobremanera en el ejército imperial. Él era uno de tantos y no comprendía por qué había sido llamado a presencia de Jilath Bilor, cuando había oficiales de su mismo grado que se retiraban sin haber cruzado una sola palabra con el emperador.

Erdos suponía, sin embargo, que la llamada de Jilath Bilor tenía algo que ver con una expedición de la que él había formado parte diez años antes. Pero desde que le fue conferido el grado de capitán

y tras su regreso a Dinowar, ya no había vuelto a encontrarse con él que, después de aquella acción, había conseguido el rango supremo.

La puerta del despacho imperial se abrió y dos ministros salieron, charlando animadamente. Erdos se preguntó si la llamada no tendría otro objetivo del que suponía. En los últimos años, lo sabía positivamente, el descontento popular había crecido considerablemente. Jilath Bilor no había resultado ser el hombre liberal y magnánimo que todos habían esperado. Pero, por otra parte, conocía la fuerza del emperador y sabía que una sublevación era algo absolutamente impensable.

Un chambelán se detuvo de pronto frente a él.

—Coronel, su Majestad Imperial le aguarda —informó.

Erdos hinchó el pecho. Penetró en la cámara y se detuvo a cuatro pasos de la mesa tras la cual se hallaba Jilath Bilor, antes Sahosneth y ahora Jilath I.

Saludó rígidamente. Jilath Bilor parecía no haber cambiado en aquellos diez años. Tal vez algunas arrugas en las comisuras de los ojos…, pero su aspecto físico continuaba siendo excelente, difícilmente superable por un hombre de su misma edad. Jilath Bilor andaba ya por los setenta años, pero aparentaba treinta menos.

—Majestad…

Jilath Bilor le miró y sonrió.

—Mi buen Erdos Rhan —dijo—. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿verdad? Quiero decir así, tan cerca, porque, supongo, tú me habrás visto en más de una ocasión y no sólo en las imágenes de televisión.

—Así es, señor. Pero yo me he contentado con ser un digno oficial de tus fuerzas armadas y un súbdito leal.

—Eres estupendo. Erdos. A veces, no creas, echo de menos aquellos tiempos…, pero los años no pasan en balde y no se puede volver a la vida libre y aventurera que tú y yo conocimos entonces. De todas formas, opino que, en estos diez años, habrías podido solicitar una audiencia…

—Señor, no tenía nada que pedirte; me contentaba con obedecerte.

Jilath Bilor asintió.

—Gracias, Erdos. Lo que has dicho me demuestra tu falta de

ambiciones. Algunos de mis antiguos compañeros de armas han sido más aprovechadas que tú y… pero no hablemos de ese tema, sino de otro que debo discutir contigo poco menos que exclusivamente. ¿Recuerdas la expedición punitiva a Bera?

—Perfectamente, señor. Se lo tenían bien merecido.

—Sí, lo mismo opino yo. Pero, contra lo que creíamos, hubo un superviviente.

—¡Imposible, señor!

Hubo un instante de silencio.

—Entre los beranos se hallaba el hijo de un impostor al que, según las máquinas que elaboran los futuribles, le debe corresponder el puesto que yo ostento actualmente. Pero temo que esas máquinas hayan sido manipuladas para mantener la impostura. ¿Vas comprendiendo?

—Creo que sí, señor.

—Ese superviviente debía haber muerto allí, y así lo creí en aquellos momentos, cuando me enseñaste su brazo amputado con el tatuaje de las tres estrellas y los tres rayos. Ignoro la forma en que aquel berano se hizo el tatuaje, pero una cosa es segura: se trataba de una falsificación.

—¡Asombroso, Majestad!

—Sí, yo también pienso lo mismo. Pero ahora resulta que el hombre a quien creímos muerto, está vivo. Y viene hacia aquí, dispuesto a que se realicen los futuribles que le separan para ocupar mi puesto. Su nombre es Johos Khim, coronel.

Erdos se quedó de piedra.

—¡Johos Khim, el guerrero independiente que ha logrado abatir el poderío de Rhigon, el pirata, y destruir su guarida!

—El mismo —corroboró Jilath Bilor sin pestañear—. Como digo, viene hacia aquí…, pero un hombre de su fama no puede morir asesinado oscuramente. La gente murmuraría demasiado y yo no quiero habladurías insanas durante mi reinado.

Los ojos de Jilath Bilor centellearon bruscamente.

—Coronel Erdos, te encomiendo busques el medio más adecuado para conseguir que el hijo del impostor muera de un modo glorioso y que su nombre sea recordado eternamente en el monumento que se levantará a su memoria. Cuando hayas hallado la solución para este problema, ven a verme, a cualquier hora del día o de la noche.

Mis ayudantes te dejarán pasar en el acto, sin hacerte preguntas de ninguna clase.

Erdos comprendió en el acto la clase de misión que se le había encomendado. Y, de repente, sintió ciertos escrúpulos de conciencia. Porque los tiempos habían pasado y ya era un oficial y no podía encargarse de ciertas acciones nada honestas. Pero tampoco podía negarse a cumplir las órdenes de Jilath Bilor, porque sabía que no viviría para ver el día siguiente.

Decidió contemporizar. «Ya veremos», pensó.

Y se inclinó:

—Se hará como ordenas, señor —dijo.

* * *

—Vais, a llegar a Dinowar en una buena ocasión —dijo el comandante de la nave, cuando ya tenían el planeta a la vista—. Pasado mañana comienzan las fiestas del aniversario de la coronación. Habrá comida y bebida gratis para todos y diversiones igualmente gratis. Incluso las prostitutas conceden gratuitamente sus favores a todo el que lo solicita, ya que reciben pagas especiales a cargo del tesoro imperial.

—Eso se llama tener contento al pueblo, ¿no? —dijo Johos.

El oficial se puso serio de inmediato. Johos comprendió que sus palabras habían dado en el blanco. Zimón le había hablado del descontento popular, que ni siquiera una semana de fiestas podría paliar. Sí, las diversiones serían gratuitas y muchos se emborracharían para olvidar…, pero lo cierto era que el dinero de las fiestas salía de los abrumadores impuestos que se veían obligados a soportar.

—No quisiera discutir este tema —rogó el oficial.

—Siento haberte molestado —dijo Johos.

—Su Majestad es un hombre justo. Las cosas que se dicen de él, no pasan de ser calumnias inventadas por hombres resentidos.

—Sí, suele suceder.

La conversación se desarrollaba en la cámara del comandante de la nave. De pronto, entró un oficial subalterno con un papel en la mano.

—Señor, un mensaje para tu huésped —anunció.

Johos arqueó las cejas. ¿Quién conocía su existencia a bordo de

la astronave? A menos que se tratase de un mensaje oficial…

Tomó el papel y leyó el espaciograma:

«A Johos Khim, guerrero independiente, salud y el benéfico influjo de los Doscientos Mil Soles. Yo, Heeli Zhü, capitán de la guardia imperial, te desafío a un duelo en el Anfiteatro Magno, permitiéndote la elección de armas. Si consigo vencerte, me cubriré de gloria, porque habré derrotado al exterminador de Rhigon y sus piratas».

Johos se quedó estupefacto al conocer el mensaje. Sin pronunciar palabra, se lo pasó al oficial, quien no tardó en estar enterado de su contenido.

—Deberás aceptar, Johos —dijo el oficial.

—¿No hay medio de evitar el duelo?

—Claro que sí. A menos que olvides tu reputación…

Johos comprendió en el acto el sentido de la respuesta. Permaneció unos minutos silencioso y luego se puso en pie.

—Debo reflexionar —dijo.

—Por supuesto.

Cuando salía, se encontró con Aenia.

—Me han dicho que has recibido un mensaje…

—Es cierto.

Johos se dijo que no debía ocultar a la muchacha el contenido del mensaje de reto. Cuando Aenia lo supo, perdió el color.

—Rehúye el combate, busca un pretexto…

—No puedo.

Ella le miró fijamente.

—Sigues aferrado a tu sed de venganza —dijo—. ¿Volverá eso a la vida a los seres que perdimos?

—¿Hemos de dejar que su muerte quede impune?

Aenia bajó la cabeza.

—Sospecho que se trata de una encerrona —murmuró.

—Yo también, sobre todo, si pensamos en mi retador. También él ha aguardado el desquite durante mucho tiempo. Estuvimos juntos en la escuela durante nueve años y, a partir del segundo de mi entrenamiento, ya no consiguió vencerme una sola vez en los duelos simulados que sosteníamos. Ahora querrá desquitarse…

—Si te desafía, es porque está seguro de vencerte.

—Lo sé. Es más, me imagino quién está detrás de todo esto.

—Dime su nombre, Johos.

—Jilath Bilor.

Aenia se aterró.

—El emperador en persona… No podrás vencer… Huyamos, vayámonos muy lejos de Dinowar…

—Imposible, querida; ya es demasiado tarde. Pero quizá este mismo desafío sirva para conseguir mi venganza.

Besó suavemente a la muchacha y regresó a la cámara del comandante.

—Deseo enviar un mensaje a mi retador —manifestó.

El oficial sonrió.

—Será un duelo memorable —aseguró—. Y, créeme, no pienso perdérmelo. Pero ¿qué arma piensas emplear?

—El sable teleguiado —contestó Johos sin vacilar.

* * *

Cuando Zimón ben-Yull, después de haber pasado el día ocupado en sus transacciones comerciales, se disponía a entrar en casa de Corlack Duss, donde se alojaba durante sus estancias en Dinowar, vio despegarse del muro una sombra que le cerró el paso.

—Eres Zimón, el buhonero —dijo el desconocido.

—Sí —admitió Zimón.

—Quiero decirte algo. Conozco tu amistad con un joven guerrero independiente… No, no me preguntes cómo lo he sabido, aunque eres lo suficientemente listo para pensar en las computadoras de información. Pero quiero advertirte una cosa: di a tu amigo que tenga cuidado. Le preparan una trampa.

Zimón frunció el ceño.

—¿Qué trampa? —preguntó.

—No lo sé, no he llegado a tanto. Johos ha sido retado a duelo y durante el combate se producirá el engaño.

—Lo tendré en cuenta. Pero, dime, ¿por qué me avisas?

—A veces, un hombre siente deseos de arrepentirse de algo no bueno que hizo mucho tiempo atrás —fue la evasiva respuesta del desconocido, que echó a correr de pronto, antes de que Zimón tuviese tiempo de hacerle más preguntas.

El buhonero empezó a hacer cálculos. Quizá se trataba de uno de los soldados que habían actuado en la matanza de Bera. Pero una cosa era cierta: el retador de Johos no había lanzado su desafío sin tener la seguridad absoluta de vencer en el combate.

Capitulo IX

En la oscuridad de la noche, el hombre rodeó la casa y buscó una de las ventanas traseras, situada a cosa de dos metros del suelo. Con las manos, tanteó el antepecho, poniendo un infinito cuidado en la operación, a fin de no poner en funcionamiento una posible alarma. Pero unos minutos después, satisfecho, comprobaba que no había alarmas instaladas en la escuela de adiestramiento de Corlack Duss.

Por medio de una pistola diminuta, que proyectaba rayos disgregadores, cortó el cristal en círculo, que sacó sin dificultad mediante la ayuda de una ventosa, con lo que obtuvo así el hueco suficiente para poder pasar la mano y levantar la falleba. Instantes después, se hallaba en el interior de la casa.

En la cabeza llevaba un casco, con anteojos, sobre los cuales había un proyector de infrarrojos, lo que le evitaba tener que encender las luces. Así, paso a paso, avanzó hacia la escalera que conducía al piso superior, en donde se hallaba la residencia privada del maestro de armas.

El maestro de armas estaba en aquellos momentos en una habitación, frente a un monitor de televisión, que captaba las imágenes del intruso, a medida que se movía por el interior de la casa. Las cámaras, instaladas en lugares sumamente discretos, tenían también objetivos infrarrojos. Cuando una de ellas perdía al intruso, la siguiente entraba en funcionamiento automáticamente.

Zimón estaba junto a su amigo Duss, observando en silencio los movimientos del desconocido. De pronto, lo vieron llegar ante la puerta del dormitorio de Johos.

El intruso se arrodilló y sacó de uno de sus bolsillos lo que parecía un tubo de pasta de dientes. Tras destaparlo, presionó en la parte inferior, a la vez que entreabría la puerta. Un tenue chorro de humo brotó de la boca del supuesto tubo de dientes, disipándose a los pocos momentos.

Un minuto después, el intruso abrió la puerta del lodo y penetró en el dormitorio. Johos y Aenia dormían apaciblemente, enlazados amorosamente.

—Gas narcótico —dijo Duss.

—De poca duración. Dentro de inedia hora, habrán pasado sus efectos —apuntó el buhonero.

—Pero eso le da seguridad para… ¿qué, Zimón?

—Mira, Corlack.

El intruso se había acercado a una ancha mesa, dónde se hallaba el equipo de Johos. Zimón y Duss lo vieron actuar de una forma singular, manipulando en uno de los objetos que había sobre la mesa.

—Es el sable teleguiado —dijo Duss, asombrado—. Pero ¿qué diablos está haciendo?

—Muy sencillo; reduce la potencia receptora, con lo que sus movimientos en el combate resultarán un cinco por ciento más lentos que los del sable usado por su retador. De este modo, la superioridad de Johos quedará anulada y Jilath Bilor se habrá deshecho de su rival más peligroso, sin que se sospeche de él. Nadie advertirá la trampa y la derrota del muchacho será considerada justa.

—Pero nosotros no lo consentiremos, ¿verdad?

A los pocos minutos, el intruso abandonó el dormitorio. Duss y Zimón le permitieron abandonar la casa. Inmediatamente, corrieron al dormitorio.

—Me gustaría saber quién es el tipo que me avisó de la trampa —dijo Zimón entre dientes.

—Eso es ahora lo de menos —gruñó el maestro de armas—. Debemos darnos prisa; ya no nos queda mucho tiempo, y reconstruir y revisar los mecanismos averiados cuesta muchísimo más que estropearlos.

Zimón asintió. Duss tenía razón. Inmediatamente, empezaron a trabajar.

* * *

El Anfiteatro Magno hervía de gente. Más de doscientas mil personas se apretujaban en las gradas, contemplando los distintos espectáculos que se habían iniciado poco después de las diez de la

mañana. Juegos de todas clases, carreras, combates entre grupos de soldados… todos incruentos, por supuesto, aunque no habían faltado algunos heridos, debido al ardor puesto en la pelea por los contendientes. Pero el interés de los espectadores estaba centrado en el número final, un duelo a muerte.

Hacía años que no se presenciaba nada semejante. Jilath Bilor no había querido autorizar sangrientos espectáculos, ya que quería dar la imagen de un hombre amante de la paz. Pero, según corría de boca en boca, uno de los capitanes de la guardia había solicitado permiso para retar a un hombre que le había ofendido gravemente tiempo atrás. El capitán Heeli Zhü había alegado en favor de su petición la ley consuetudinaria que le permitía saldar las ofensas recibidas con la sangre de su enemigo. Su Majestad Imperial se había visto constreñido a acceder a la petición del oficial, si bien advirtiendo públicamente, que era la última vez que se permitiría una cosa semejante, ya que pensaba promulgar una ley que prohibiese los desafíos. En lo sucesivo, toda persona ofendida, debería acudir a los tribunales, etcétera, etc…

Una *troupe* de equilibristas realizó una serie de arriesgados ejercicios en dos plataformas situadas a cuarenta metros de altura. En el suelo había instaladas numerosas lanzas con la punta hacia arriba. Ninguno de los espectadores sabía que los equilibristas no podrían caer nunca… a menos que les fallasen los cinturones propulsores, ocultos bajo sus ropas holgadas y que les permitían realizar sus fantásticos saltos, mediante un mecanismo de control, semejante al de los sables teleguiados, aunque de una potencia muy superior. Pero las lanzas conferían un morboso interés al número y la atención del público se hacía aún mayor.

La excitación era enorme. Ya faltaban pocos minutos para que se celebrase el duelo. Decenas de cámaras de televisión, situadas en los lugares más estratégicos del anfiteatro, captarían el menor detalle del combate, al que asistiría Jilath I. El antiguo apodo de Sahosneth no había caído en desuso, pero quienes lo mencionaban procuraban bajar la voz al hacerlo.

En el interior del anfiteatro, dos hombres atendían a uno de los duelistas. Johos vestía unos pantalones cortos y bolas altas, junto con una blanda visera que protegería su vista de los rayos del sol, un tanto oblicuos a la hora del combate. Duss y Zimón eran sus

cuidadores. Ambos, sin decir nada al joven de lo sucedido, habían comprobado el perfecto funcionamiento del sable teleguiado. Zimón daba ligeros masajes en los músculos dorsales del joven, quien yacía boca abajo sobre la mesa.

De pronto, Zimón puso un poco de pasta en el antebrazo izquierdo de Johos y frotó vigorosamente. A los pocos momentos, el joven, asombrado, vio surgir el tatuaje.

—Eh, ¿qué…?

Zimón sonrió maliciosamente.

—Sólo estaba oculto, para que no te reconocieran, cosa que has conseguido durante más de once años —dijo.

—No entiendo…

—Si le lo explicase ahora, saldrías a pelear muy preocupado y debes tener tu mente limpia de todo lo que no sea vencer a Heeli. Puedes conseguirlo, hijo.

—Eso espero, pero ¿no te parece extraño que me haya desafiado después de tanto tiempo?

—Esperaba que regresaras a Dinowar. Un oficial de la guardia de Su Majestad no podía desafiar a un guerrero independiente recién graduado, sin desdoro de su prestigio. Tenía que aguardar a que ganases fama… y la destrucción de Rhigonia te la ha proporcionado.

En aquel momento, se oyó tuera un gran clamoreo de trompetas.

—Jilath Bilor acaba de llegar —anunció Duss.

Zimón dio una palmada en la espalda del joven.

—Vamos, termina de equiparte; en seguida sonará la llamada para el combate —exclamó.

* * *

Seguido por su fastuoso séquito, en el que figuraban resplandecientes uniformes y brillantes atavíos, Jilath I tomó asiento en el palco imperial, situado a unos seis metros de altura sobre la arena que ya había sido despejada de otros actuantes. Las trompetas habían atronado el ambiente con sus metálicos alaridos y la gente se disponía a presenciar el número fuerte de la fiesta.

Jilath Bilor tenía fruncido el ceño. No sonaron las aclamaciones que esperaba, no se habían producido entusiásticas ovaciones ni gritos de bienvenida, salvo los proferidos por los aduladores de

costumbre y algunos más, evidentemente pagados. Pero la multitud no se había entusiasmado con su presencia.

Habría que hacer algo, se dijo. Pero lo dejaría para después, cuando el peligro más cercano hubiera sido eliminado. Heeli rompería el futurible predecido por las máquinas y él se consideraría firmemente asentado ya en el trono. Entonces…

Erdos Rhan, recién ascendido a general, estaba a su derecha, y su semblante aparecía serio y preocupado. Había conseguido que se celebrase el duelo, lo que le había valido el ascenso, pero, por más esfuerzos que había hecho, aún desconocía la trampa que preparaban al retado. Lo único que había podido hacer era advertirlo con grave riesgo de su vida. Sin embargo, se sentía muy pesimista.

Johos moriría y Jilath Bilor consolidaría su poder. Y Erdos conocía perfectamente los sentimientos de un pueblo aparentemente libre, pero sujeto a una férrea opresión y abrumado de impuestos. Con la mano izquierda acarició nerviosamente el puño de su espada de gala. El cuello de Sahosneth estaba desnudo. Sería tan fácil darle un ligero corte en la yugular…

Las trompetas ulularon de nuevo. Dos hombres salieron a la arena, en medio de un silencio impresionante.

Johos y Heeli avanzaron una docena de pasos y luego giraron para enfrentarse con el emperador, al que saludaron en la forma prescrita. Un segundo trompeteo indicó que el combate podía empezar.

Johos sacó su sable con la mano izquierda y lo lanzó al aire, sosteniéndolo un segundo en la misma posición, mediante la caja de control, que accionaba con la mano derecha. Delante de él, Heeli Zhü sonreía burlonamente.

—Voy a partirte en dos —anunció Heeli.

—Y te ganarás un ascenso y una bolsa llena de áureos —dijo Johos sin pestañear.

—Su Majestad me considera uno de los mejores oficiales de la guardia —contestó Heeli—. Pero yo no soy uno de los toscos piratas de Kirth-Wwo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Johos asintió.

—Será mejor que dejemos las palabras a un lado. ¿O es que piensas guiar tu sable con la lengua?

Heeli enrojeció al oír el mordaz reproche. De repente, movió la mano derecha.

El sable zumbó en el aire, buscando malignamente la cintura de Johos. Otro sable salió a su encuentro y los dos aceros entrechocaron a mitad de camino, despidiendo brillantes chispas en el contacto.

En pie, junto a la pared del anfiteatro y a poca distancia del palco imperial, Zimón y Duss presenciaban el combate con la respiración en suspenso. Grattilia lo veía en una pantalla, en casa del maestro de armas. Aenia estaba encerrada en su habitación, temblando de pánico cada vez que pensaba en los gravísimos peligros con que debía enfrentarse el hombre a quien amaba.

Jilath Bilor estaba inclinado hacia adelante. Pero ¿de veras era Johos el hombre señalado por las predictoras de futuribles?

De pronto, se lijó en el antebrazo izquierdo de Johos. Sí, allí estaba el tatuaje… Pero ¿por qué lo llevaba el muerto de Bera?

Sintióse tentado de pedir que fuera respetada la vida de Johos, para interrogarle más tarde, pero decidió que lo más conveniente era que muriese. En todo caso, ya hablaría con sus protectores, el maestro de armas y el buhonero… y luego les daría lo que se merecían.

El combate proseguía, tenaz y enconado, sin que ninguno de los dos contendientes hubiese ganado la menor ventaja sobre su adversario. Los sables chocaban casi de continuo. A cada ataque, correspondía una parada. Ni Johos ni Heeli habían sufrido hasta entonces un solo rasguño.

De pronto, Johos decidió variar su táctica. El sable empezó a moverse como si realmente fuese empujado por su mano. Con el aparato de control empezó a acelerar los golpes de asalto. Heeli empezó a sudar.

¿Dónde estaba la reducción de velocidad que le habían prometido? El sable de su adversario se movía con tanta rapidez que, en ocasiones, sólo el instinto le hacía parar los golpes. Empezó a sudar.

Retrocedió unos cuantos pasos. Johos avanzó otro tanto. Jilath Bilor frunció el ceño. Si las cosas se ponían mal, enviaría contra Johos su pequeño estilete, también teleguiado, cuyo mango acarició con el puño. No, aquel joven no podía salir vivo del anfiteatro.

Repentinamente, Johos asestó una serie de furiosos golpes al sable de su contrincante. El arma de Heeli empezó a resentirse en sus mecanismos de guía. Y entonces, Heeli decidió lanzar su golpe definitivo.

Simuló ceder y, al mismo tiempo, apoyó la mano derecha en determinado lugar del ancho cinturón que formaba parte de su equipo. Una décima de segundo después, el sable caía sobre la cabeza de Heeli.

Pero a medio metro de distancia, se produjo una chasqueante lluvia de chispas y el sable salió rebotado. Atónito. Johos notó en el cuadro de mandos de su mano derecha el estremecimiento producido por aquel extraño fenómeno.

Un rugido colectivo brotó de la multitud. Zimón y Duss se irguieron.

—¡El maldito traidor! —gritó Zimón.

—Se ha envuelto en una esfera de energía —gruñó Duss.

Heeli sonrió torvamente. Durante un segundo, Johos quedó paralizado por el asombro. Su rival había hecho trampa, pero de una forma pública y sin rebozo. Por lo visto, nada importaba el prestigio con tal de ganar el combate.

Heeli aprovechó la indecisión de su rival. Su sable partió disparado. Johos intentó echarse desesperadamente a un lado, pero no lo consiguió por completo. De súbito, sintió un leve dolor en cerca del hombro izquierdo.

Un grito de horror brotó de la inmensa muchedumbre. El brazo de Johos, limpiamente amputado, voló por el aire, despidiendo rojos chorros de sangre. Johos se sintió envuelto en una intensa debilidad y dobló la rodilla.

En el palco imperial, Jilath Bilor sonreía perversamente. Johos, sin embargo, no había soltado aún la caja de control.

Johos volvió la vista hacia el palco. Sí, aquel hombre era el culpable…

Ahora iba a morir, pero Jilath Bilor no disfrutaría de su triunfo. Con el último rastro de fuerza que le quedaba, hizo volar el sable por los aires.

Jilath Bilor lanzó un terrible chillido y se puso en pie para intentar escapar, pero ya era tarde. Johos ejecutó el movimiento llamado «doble tajo en cruz». Primero, el sable cayó de arriba abajo,

hendiendo en dos mitades el cráneo de Jilath Bilor, y tan profundamente, que llegó hasta el nivel de las clavículas. Una fracción de segundo después, el sable ascendió y se movió lateralmente, segando el hendido cuello del emperador. Las dos mitades de su cabeza saltaron por los aires, mientras en el palco se producía una terrible confusión.

Jubos apenas si podía ver con los ojos velados por el dolor y la debilidad causada por la hemorragia. El estruendo de doscientas mil voces encolerizadas llegó muy débilmente a sus tímpanos.

Delante de él, Heeli, enloquecido por la furia, saltó hacia adelante, con intención de rematarle, pero en el mismo instante se vio envuelto en una serie de tremendos chispazos azulados. Un horrible grito se escapó de sus labios durante una fracción de segundo. Luego, convenido en un montón de carne ennegrecida, se desmorono sobre la arena.

Y entonces, Johos dejó de ver y de oír y ya no percibió ninguna sensación.

* * *

Despertó después de un tiempo que no podía calcular sintiéndose tendido en una cama y completamente inmovilizado. El brazo izquierdo le dolía sordamente. Lloró por la pérdida del miembro, pero se consoló al comprender que, al menos, había conseguido salvar la vida.

Al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que estaba en un hospital. Aún se sentía muy débil, pero tenía la mente clara y despejada. De pronto, vio que se abría la puerta.

Zimón entró y le dirigió una maliciosa sonrisa.

—Hola. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor… Tú me salvaste…

—Con la ayuda de Corlack y del médico personal de Jilath Bilor, afortunadamente muerto. Los futuribles se han cumplido, muchacho.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame, por favor…

—Oh, el pueblo se sublevó, pero no ha habido apenas revolución. El ejército adoptó una postura neutral y ahora obedece al gobierno provisional que se ha formado, en espera de la proclamación de su nuevo jefe de Estado y del gobierno que éste se

digne nombrar. Todo está en orden y la calma es absoluta en todos los planetas del Imperio. Gracias a ti, por supuesto.

Johos asintió.

—¿Qué le pasó a Heeli? —inquirió.

—Hizo trampa al envolverse en una esfera de energía, pero su odio le hizo olvidarse de desconectarla, cuando quiso rematarte. No le pasaría nada, mientras se estuviese quieto, pero como no se estuvo quieto, se abrasó. Ah, ya he averiguado el nombre de la persona que nos avisó. Fue Erdos Rhan, uno de los que intervinieron en la matanza de Bera. Entonces, era simple soldado…, pero se ve que los remordimientos le acosaban y quiso compensar de algún modo su intervención de aquel horrible suceso.

—Zimón, quiero que me expliques ya qué soy en definitiva y por qué he luchado durante tantos años para llegar a este punto —pidió el joven.

El buhonero asintió.

—Hace muchísimos años, las predictoras anunciaron la conveniencia de cambiar de régimen y eligieron a un hombre: tu padre. Tú serías el príncipe heredero…, pero alguien hizo asesinar a tu padre y sus fieles amigos decidimos esconderte, llevándote, cuando aún eras muy niño, a Bera. Jilath Bilor te buscó largamente, hasta que al fin, una indiscreción le hizo conocer tu paradero. Entonces, buscó el pretexto del recaudador de impuestos, sabiendo que los beranos rechazarían su presencia, lo que le daría motivos para intervenir. A fin de evitar un día la posible actuación de un impostor, te hicimos el tatuaje en el brazo; ese dibujo es el emblema de tu familia, ¿comprendes?

—Y entonces, ahora, yo…

—Ahora eres Johos I, emperador. Y no podrás defraudar a tu pueblo o acabarás de mala manera, lo mismo que Sahosneth.

Los labios del joven se contrajeron.

—Esto me ha costado un brazo —gruñó.

Zimón soltó una estentórea carcajada.

—¿Qué brazo? —exclamó alegremente—. Se ve que aún estás aturdido por la anestesia. Mira a tu izquierda, hombre.

Johos volvió la cabeza. Envuelto en una gruesa funda de material regenerativo, podía ver el brazo que había creído perder para siempre. La funda aseguraba la perfecta inmovilidad del

miembro, al objeto de garantizar la soldadura.

—Tuviste suerte —siguió Zimón—. En cualquier otro paraje, la conexión habría resultado imposible. El médico de Jilath Bilor, ahora tu médico, actuó con rapidez y eficacia. Pasarás algunas semanas en esta situación, pero cuando te levantes, no notarás siquiera la cicatriz de la amputación.

Hubo un momento de silencio. Johos cerró los ojos.

—Zimón —dijo de pronto.

—Sí, muchacho.

—Estoy aquí, porque lo predijeron las máquinas.

—Así es.

—¿Dónde está Aenia? ¿Hay futurible respecto a ella?

—Ese futurible lo creaste tú —dijo Zimón.

—Ya…

Aenia entró de pronto, seguida de Grattilia y Duss. La muchacha se arrodilló junto a la cama y tomó la mano sana de su amado. Los bellos ojos de la muchacha aparecían inundados de lágrimas.

Hubo un momento de silencio. Luego, Johos dijo:

—Zimón, empiezo a sospechar que todo esto obedece a una conspiración tramada hace muchísimos años.

—Comenzamos al día siguiente del asesinato de tu padre —respondió el buhonero—. Y éramos más de los que Jilath Bilor pudo imaginarse siquiera, pero era preciso aguardar la ocasión adecuada. No teníamos prisa; lo único que deseábamos era evitar los fallos, incluso cambiando el nombre de Aenia.

Johos meditó unos instantes. En cierto modo, había sido juguete de unos hombres, cuyas acciones eran motivadas por cierta ideología, indudablemente merecedora de todos los respetos. Pero en aquel mismo instante, su mente vio con claridad el porvenir que le aguardaba, prisionero de las conveniencias, sujeto a un estricto protocolo y obligado, tal vez, a hacer cosas que no le agradasen. Y quizá, aun sin dudar de la buena fe de Zimón y de Corlack Duss y de Grattilia, se viese preso de una camarilla que le recordaría constantemente los favores que les debía.

Pero no podía sincerarse en su situación. Era preciso aguardar al total restablecimiento.

—Por favor, dejadme a solas con Aenia —rogó.

Cuando los otros visitantes se hubieron marchado, Johos miró

fijamente a la muchacha.

—¿Te agrada la idea de convertirte en emperatriz?

—Sólo quiero ser tu esposa —contestó ella.

Johos le acarició el cabello.

—Temo que hay unos futuribles equivocados —dijo—. Pero guardaremos secreto hasta que esté curado por completo. Entonces, un día, discretamente, nos marcharemos muy lejos de Dinowar. Buscaremos un mundo donde no puedan encontrarnos y donde podamos vivir felices y sin complicaciones, sin los agobios que la política pueda imponernos a diario… No, los futuribles que hablaban de mi porvenir no mencionaban para nada mi obligación de aceptar el puesto de emperador —concluyó.

Aenia se llevó la mano de Johos a la mejilla.

—Se sentirán muy decepcionados, te llamarán desagradecido, egoísta…

—Les he librado de la tiranía, ¿no? Ahora, tú y yo tenemos derecho a la felicidad, y no renunciaremos a ese derecho por más bienes materiales que nos ofrezcan. Es decir, a menos que pienses lo contrario…

Aenia sonrió hechiceramente.

—No puedo pensar de forma distinta a la tuya, querido —respondió.

Y con aquella breve conversación, quedó sellado el porvenir de dos seres que se amaban y que no había sido predicho por unas máquinas.

Porque ambos pensaban que sólo ellos tenían derecho a decidir sobre su futuro.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.